

IA-CRACIA: LA EMERGENCIA DE UNA NUEVA ESTRUCTURA DE PODER

Una interpretación sociológica de la inteligencia artificial, la ignorancia y
la soberanía en la modernidad digital

AI-CRACY: THE EMERGENCE OF A NEW STRUCTURE OF POWER

A Sociological Interpretation of Artificial Intelligence, Ignorance, and
Sovereignty in Digital Modernity

Agustín Galán Machío

Edición bilingüe / Bilingual Edition

DOI 10.5281/zenodo.23561579

IA-CRACIA: LA EMERGENCIA DE UNA NUEVA ESTRUCTURA DE PODER

Una interpretación sociológica de la inteligencia artificial, la ignorancia y la soberanía en la modernidad digital

Agustín Galán Machío

Resumen

La inteligencia artificial está transformando rápidamente las economías, las instituciones y la vida cotidiana. Sin embargo, su impacto más profundo puede ser político. Más allá de una innovación tecnológica, representa una nueva fase de la racionalización de la sociedad que modifica las condiciones bajo las cuales se produce el conocimiento, se distribuye la ignorancia y se ejerce el poder.

A medida que los sistemas algorítmicos intervienen crecientemente en las decisiones de los gobiernos, los mercados y las plataformas digitales, una parte de la capacidad efectiva de organización y control social se desplaza hacia las infraestructuras computacionales. Denomino **IA-CRACIA** a esta configuración emergente del poder, caracterizada por la mediación algorítmica de las relaciones sociales, económicas y políticas. No constituye un régimen político autónomo, sino una transformación estructural que puede desarrollarse tanto en las democracias como en las autocracias.

Este artículo presenta el razonamiento central de mi libro *IA-CRACIA: Inteligencia Artificial, Soberanía y Democracia*. Examina cómo la inteligencia artificial transforma la segunda naturaleza social, reorganiza la producción de conocimiento e ignorancia artificial y contribuye, mediante el cibercapitalismo y los imperios digitales, a nuevas formas de concentración del poder. Frente a las interpretaciones utópicas y distópicas del futuro tecnológico, propone un marco sociológico y político para comprender las transformaciones de la soberanía y los desafíos de la gobernanza democrática.

La cuestión fundamental no es si las máquinas llegarán a gobernar el mundo, sino **si las sociedades conservarán la capacidad de gobernar las infraestructuras artificiales que condicionan su futuro colectivo**.

1. Introducción. La transformación del poder

Este artículo amplía y desarrolla el marco teórico presentado inicialmente en *Subject, Ignorance, and Power in the Age of Artificial Intelligence: Toward an Integrated Theory of AI-CRACY* (Galán Machío, 2026f). Partiendo de las relaciones entre los sujetos sociales, la ignorancia artificial y el poder algorítmico examinadas en aquel trabajo, el presente análisis presta especial atención a la emergencia de la IA-CRACIA como estructura de poder, a sus dimensiones

infraestructurales y geopolíticas y a sus implicaciones para la gobernanza democrática y la soberanía digital.

Las sociedades contemporáneas están experimentando una transformación que afecta no solamente a sus instrumentos tecnológicos, sino también a las condiciones bajo las cuales se organiza la vida colectiva, se produce el conocimiento y se ejerce el poder. La expansión de la inteligencia artificial representa una nueva fase de un proceso histórico más amplio: la creciente incorporación de formas de racionalidad artificial a las estructuras de organización social.

La inteligencia artificial suele analizarse desde la perspectiva de sus capacidades: qué puede conocer, qué problemas puede resolver, qué decisiones puede automatizar y hasta qué punto puede sustituir determinadas actividades humanas. Sin embargo, su importancia sociológica y política no puede comprenderse únicamente a partir de esas capacidades. Es necesario examinar también las transformaciones que introduce en las relaciones entre los sujetos sociales y los sistemas artificiales que organizan su existencia.

La cuestión decisiva no es si las máquinas llegarán a ser más inteligentes que los seres humanos, sino cómo la inteligencia artificial modifica las condiciones de producción, distribución y utilización social del conocimiento y, de manera inseparable, las condiciones de producción y distribución de la ignorancia.

Esta doble perspectiva permite situar la inteligencia artificial en la continuidad histórica de otras grandes construcciones artificiales de la sociedad. Los Estados, las burocracias y los mercados han constituido formas de inteligencia colectiva mediante las cuales las sociedades han organizado sus recursos, establecido normas, coordinado comportamientos y resuelto problemas de acción colectiva (Danzig, 2022). La inteligencia artificial no aparece al margen de esas estructuras, sino que se incorpora a ellas, las transforma y amplifica algunas de sus capacidades.

Esta incorporación tiene consecuencias que trascienden la mejora de la eficiencia administrativa o económica. Cuando los sistemas algorítmicos seleccionan información, establecen clasificaciones, anticipan comportamientos y condicionan decisiones, participan en la configuración de las relaciones sociales y políticas. El poder no se ejerce solamente mediante decisiones explícitas, normas jurídicas o mecanismos económicos, sino también mediante las infraestructuras que determinan qué información resulta accesible, qué alternativas son consideradas y qué resultados aparecen como racionales o inevitables.

Cada transformación estructural de la sociedad genera también imaginarios que orientan las expectativas colectivas. La industrialización produjo mitos de progreso y temores a la mecanización; la energía nuclear inspiró expectativas de energía ilimitada y temores de aniquilación. La inteligencia artificial ocupa ahora una posición simbólica comparable. La era digital oscila entre la utopía y la distopía, entre el entusiasmo tecnológico acrítico y la tecnofobia.

Ambas perspectivas comparten, sin embargo, una característica fundamental: **atribuyen a la tecnología una capacidad de agencia que desplaza la responsabilidad política humana.** En las visiones utópicas, la tecnología aparece como solución autónoma de los problemas sociales: la IA resolverá. En las visiones distópicas, aparece como una fuerza igualmente autónoma de dominación: la IA dominará. En ambos casos, los sujetos

sociales quedan relegados a una posición secundaria frente a un supuesto protagonismo histórico de las máquinas.

Este trabajo se distancia tanto de las interpretaciones apocalípticas sobre una transformación inminente de la naturaleza humana como de las predicciones tecnoutópicas que presentan la singularidad tecnológica como un horizonte inevitable. El futuro de la sociedad no constituye un destino histórico predeterminado, sino una construcción social cuyo desarrollo y consecuencias dependen de relaciones económicas, decisiones políticas y configuraciones institucionales.

La **hipótesis central** de este artículo es que la inteligencia artificial representa una nueva fase de la racionalización de lo que se ha denominado *segunda naturaleza*, un mundo artificial integrado por objetos, infraestructuras, instituciones, normas, organizaciones y sistemas simbólicos que condicionan progresivamente sus formas de existencia. Su expansión transforma simultáneamente la producción del conocimiento, las modalidades de ignorancia y las estructuras de poder. La IA-CRACIA constituye la expresión política de esa transformación (Galán Machío, 2026b).

Para desarrollar esta hipótesis examinaré sucesivamente la inteligencia de la segunda naturaleza, las bases económicas y epistemológicas del capitalismo digital, la producción de ignorancia artificial, la configuración de la IA-CRACIA, el problema del sujeto social, sus manifestaciones políticas y geopolíticas y, finalmente, las condiciones de su gobernanza democrática.

2. La inteligencia de la segunda naturaleza

La vida humana se desarrolla en un entorno que no está constituido exclusivamente por la naturaleza física. A lo largo de la historia, las sociedades han construido una **segunda naturaleza**: un entorno producido por la actividad humana que, una vez establecido, adquiere una relativa autonomía respecto de los individuos que lo han creado y se convierte en condición de sus acciones posteriores.

Las instituciones políticas, los mercados y las burocracias forman parte de esa segunda naturaleza. No son simples instrumentos exteriores a la sociedad, sino estructuras que organizan la cooperación, distribuyen información, establecen expectativas y orientan comportamientos.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que las sociedades han desarrollado históricamente formas de inteligencia artificial anteriores a la aparición de los ordenadores. Las reglas jurídicas permiten coordinar acciones sin necesidad de que todos los participantes conozcan personalmente a los demás. Las burocracias acumulan y procesan información mediante procedimientos impersonales. Los mercados coordinan innumerables decisiones individuales mediante mecanismos de intercambio y formación de precios (Danzig, 2022).

En este sentido, **la sociedad misma puede entenderse como una forma histórica de inteligencia artificial**, no en el significado computacional contemporáneo del término, sino como una construcción colectiva que incorpora, organiza y utiliza conocimientos mediante estructuras creadas por los seres humanos.

Estas estructuras contienen conocimientos que ningún individuo posee en su totalidad. Su funcionamiento depende de una inteligencia social distribuida, sedimentada en reglas,

procedimientos y relaciones institucionales. Pero esa inteligencia colectiva tiene una característica fundamental: **produce conocimiento y, simultáneamente, ignorancia.**

La división social del trabajo, la especialización administrativa y la complejidad de los mercados permiten alcanzar niveles de coordinación inaccesibles para los individuos aislados. Sin embargo, también generan dependencias respecto de procesos que los participantes desconocen y sobre los que apenas pueden intervenir. El incremento de la capacidad colectiva de organización no supone, por tanto, un incremento equivalente del conocimiento disponible para cada uno de los sujetos sociales.

La modernidad intensificó esta transformación mediante la racionalización de la vida económica, política y administrativa. La burocratización y la expansión de los mercados ampliaron extraordinariamente la capacidad de organización social, pero también hicieron que las relaciones entre los individuos estuvieran cada vez más mediadas por sistemas abstractos e impersonales (Weber, 1978).

La digitalización representa una nueva fase de ese proceso. La información que antes circulaba mediante documentos, procedimientos administrativos, intercambios comerciales y comunicaciones personales pasa a registrarse, almacenarse y procesarse mediante infraestructuras informáticas.

Vivimos así inmersos en una **segunda naturaleza digitalizada**, compuesta no solamente por infraestructuras, objetos y mercancías, sino también por datos, códigos y algoritmos. La digitalización puede entenderse como una intensificación de los procesos históricos de burocratización y racionalización, que transforma no solo la gestión y la administración públicas, sino también el funcionamiento de los mercados, las organizaciones y las relaciones sociales.

La inteligencia artificial incorpora y reconfigura capacidades de inteligencia colectiva sedimentadas históricamente en reglas políticas, procedimientos burocráticos y mecanismos de mercado. No constituye un sujeto social autónomo, sino un nuevo artefacto que amplía las posibilidades de racionalización y organización de la segunda naturaleza.

Su novedad no reside simplemente en acelerar operaciones anteriormente realizadas por seres humanos o instituciones. Los sistemas de inteligencia artificial pueden identificar regularidades, elaborar predicciones, generar contenidos y modificar determinadas operaciones a partir de los datos disponibles. En determinados ámbitos, permiten que las estructuras artificiales aprendan de la información procesada, adapten sus respuestas y reajusten su funcionamiento sin que cada operación deba ser establecida previamente de manera explícita.

La segunda naturaleza adquiere así nuevas capacidades de procesamiento, aprendizaje y adaptación que no pueden reducirse a la mera mecanización de operaciones. La inteligencia artificial está transformando también las condiciones de la cognición y la creatividad humanas, así como nuestra comprensión de conceptos como inteligencia, conciencia y mente.

No se trata, sin embargo, de atribuir conciencia, voluntad o subjetividad a ese entorno. Su inteligencia es fundamentalmente funcional y operativa: consiste en la capacidad de procesar información y producir resultados que intervienen en la organización de la acción social. La

novedad histórica reside en que las estructuras artificiales que condicionan la existencia humana adquieren capacidades crecientes para anticipar y orientar comportamientos.

La segunda naturaleza inteligente no sustituye, por tanto, a la sociedad, sino que transforma las condiciones de su funcionamiento. Las personas continúan actuando como sujetos sociales, aunque lo hacen en un entorno donde la información disponible, las alternativas ofrecidas y las consecuencias previsibles de sus decisiones están crecientemente mediadas por sistemas algorítmicos.

Surge así una paradoja característica de la modernidad digital: **cuanto mayor es la inteligencia operativa de los sistemas que organizan la sociedad, más difícil puede resultar para sus integrantes comprender el funcionamiento global de esos mismos sistemas** (Galán Machío, 2026c).

La expansión del conocimiento técnico no elimina necesariamente la ignorancia social. Puede, por el contrario, ampliar la distancia entre la capacidad operativa de las estructuras artificiales y la capacidad de comprensión y control de quienes dependen de ellas. La inteligencia artificial intensifica así una contradicción presente en la evolución histórica de la segunda naturaleza: el desarrollo de formas cada vez más complejas de inteligencia colectiva puede ir acompañado de nuevas formas de ignorancia individual y social.

3. Dataísmo, cibercapitalismo y expropiación cognitiva

La transformación de la segunda naturaleza posee una dimensión económica inseparable de sus consecuencias políticas. La digitalización no solamente modifica los procedimientos mediante los cuales las sociedades organizan y utilizan el conocimiento, sino también las condiciones de su producción, apropiación y distribución.

El capitalismo industrial se desarrolló fundamentalmente mediante la apropiación y organización de recursos materiales, trabajo humano y medios de producción. El capitalismo digital añade a esos elementos una nueva fuente de acumulación: la captura, el procesamiento y la explotación económica de información sobre la actividad humana (Srnicek, 2017; Zuboff, 2019). Si el capitalismo industrial se construyó sobre la extracción de trabajo y recursos naturales, el **cibercapitalismo** incorpora crecientemente la extracción de recursos cognitivos: la captura de atención, el registro de comportamientos y la conversión de la experiencia vivida en información susceptible de explotación económica.

Los comportamientos cotidianos producen continuamente registros digitales. Las comunicaciones, los desplazamientos, las preferencias, los intercambios económicos y las relaciones sociales generan datos que pueden ser almacenados, combinados y utilizados para construir modelos predictivos. La acumulación de estos registros —hábitos, marcadores de identidad, preferencias, relaciones y trayectorias individuales— se convierte en una fuente de riqueza y en un recurso estratégico para las organizaciones que controlan las infraestructuras digitales.

Este proceso recuerda, bajo condiciones históricas diferentes, lo que Marx (1867/1976) describió como **acumulación primitiva**. Si aquella implicó la separación de determinados productores respecto de sus medios tradicionales de subsistencia, la nueva acumulación informacional supone una separación parcial de los sujetos respecto del

conocimiento derivado de sus propias actividades. La desposesión anterior separaba a los productores de la tierra, las herramientas y los medios de producción; la nueva desposesión puede separar a los individuos del control sobre las huellas informativas de sus propias vidas.

Denomino **expropiación cognitiva** a este proceso mediante el cual una parte creciente del conocimiento socialmente producido sobre los sujetos es apropiada, procesada y utilizada por organizaciones que aquellos no controlan. Su importancia no reside simplemente en la pérdida de control sobre determinados datos, sino en el desplazamiento de la capacidad de interpretación y utilización del conocimiento generado por la propia actividad social (Galán Machío, 2026b).

Los individuos producen continuamente información mediante sus comportamientos, pero las capacidades de recopilación, interpretación y explotación de esa información se concentran en las organizaciones que controlan las infraestructuras digitales. Los sujetos se convierten así en objetos de conocimiento para sistemas capaces de identificar sus preferencias, clasificar sus comportamientos, anticipar determinadas decisiones y orientar sus posibilidades de acción.

La relación resultante es profundamente asimétrica: las organizaciones que administran esos sistemas adquieren una creciente capacidad de conocimiento sobre los individuos, mientras estos disponen de posibilidades mucho más limitadas para conocer los procedimientos mediante los cuales son observados, clasificados y evaluados.

El cibercapitalismo se apoya en esta **asimetría epistemológica**. Su poder no procede exclusivamente de la propiedad de los recursos informáticos, sino también de la capacidad de transformar información dispersa en conocimiento operativo y predictivo. La inteligencia artificial intensifica este proceso al ampliar las posibilidades de clasificación, inferencia y anticipación (Crawford, 2021; Zuboff, 2019).

La dominación puede apoyarse, en consecuencia, en formas específicas de ignorancia socialmente producida: la opacidad de los procedimientos algorítmicos que intervienen en la vida cotidiana, la dificultad para comprender las condiciones contractuales de acceso a los servicios digitales y la dependencia tecnológica que se genera cuando desaparecen alternativas efectivas. La concentración del conocimiento operativo en determinadas organizaciones puede ir acompañada de una creciente incapacidad de los sujetos para comprender y controlar los sistemas de los que dependen.

Junto a esta transformación económica se desarrolla otra de carácter cultural y epistemológico que podemos identificar con el concepto de **dataísmo**. La modernidad elevó la razón a principio fundamental de conocimiento y organización social; la modernidad digital tiende a atribuir una autoridad creciente a los datos y a los procedimientos capaces de procesarlos.

El dataísmo expresa la tendencia a considerar que la representación cuantitativa de la realidad proporciona una forma privilegiada de conocimiento y que el incremento de información disponible permite mejorar indefinidamente la racionalidad de las decisiones. La promesa del *Big Data* consiste en ofrecer una representación cada vez más precisa del mundo y, con ella, una ampliación de las capacidades de predicción y control (Han, 2022; Nowotny, 2021).

Su importancia no reside únicamente en la utilización de grandes cantidades de información, sino en la progresiva identificación entre aquello que puede medirse y aquello que merece considerarse relevante.

Los sistemas algorítmicos necesitan traducir determinados aspectos de la realidad a variables, categorías y relaciones computables. Esta operación permite obtener resultados extraordinariamente útiles, pero implica también seleccionar unas dimensiones de los fenómenos y excluir otras. Aquello que no puede registrarse o cuantificarse adecuadamente puede quedar fuera de los procedimientos de evaluación y decisión.

De este modo, la cuantificación deja de ser simplemente un instrumento de conocimiento y corre el riesgo de convertirse en un criterio de definición de la realidad social. Lo que no se registra puede dejar de ser considerado; lo que no se mide puede perder relevancia institucional; y aquello que los modelos no incorporan puede quedar excluido de las alternativas efectivamente contempladas.

La racionalidad algorítmica tiende a privilegiar los problemas susceptibles de formulación operacional. La predicción adquiere una importancia creciente y la optimización de resultados medibles puede desplazar la discusión y la argumentación sobre los fines a los que esos resultados deberían servir.

El problema no reside, sin embargo, en la utilización de datos, modelos estadísticos o procedimientos algorítmicos, sino en la atribución de autoridad normativa a sistemas que, por sí mismos, no pueden establecer la legitimidad de los objetivos perseguidos. La capacidad para predecir determinados comportamientos o seleccionar medios eficaces no equivale a la capacidad para justificar los fines de la acción colectiva.

La convergencia entre extracción de datos, concentración de infraestructuras y racionalidad predictiva crea así las condiciones económicas y epistemológicas de una nueva configuración del poder. El control de los medios mediante los cuales la experiencia social se transforma en información, la información en predicción y la predicción en capacidad de intervención sobre la conducta constituye una de las bases fundamentales de la **IA-CRACIA**.

La cuestión decisiva no es solamente quién posee los datos, sino quién dispone de la capacidad para convertirlos en conocimiento, determinar su utilización y condicionar mediante ellos las decisiones de los demás. La desigual distribución de esas capacidades convierte la producción social de conocimiento e ignorancia en una dimensión central de las nuevas relaciones de poder.

4. Ignorancia artificial y poder epistemológico

La ignorancia no constituye una simple ausencia de conocimiento. Es también un fenómeno socialmente producido, distribuido y administrado (Smithson, 1989). La sociología de la ignorancia, o Agnotología, permite abordar esta dimensión del funcionamiento de las sociedades. Esta perspectiva constituye el fundamento de mis trabajos anteriores sobre la sociología de la ignorancia y la modernidad ignorante. Su objeto no se limita a identificar aquello que se desconoce, sino que comprende también las condiciones sociales e institucionales que producen, mantienen o utilizan diferentes formas de ignorancia (Proctor & Schiebinger, 2008; Galán Machío, 2019, 2026d). Aplicada a la inteligencia artificial, esta perspectiva conduce al concepto de **ignorancia artificial**. Comprender la inteligencia artificial exige analizar no solamente lo que sabe o puede hacer, sino también lo

que no sabe, lo que no puede saber, aquello que se le impide conocer y las formas de desconocimiento que genera en los sujetos sociales.

La **ignorancia artificial** designa el conjunto de limitaciones, omisiones, incertidumbres y formas de desconocimiento que se generan, reproducen o amplifican mediante los sistemas de inteligencia artificial y sus relaciones con las instituciones y los entornos sociales. Su análisis exige distinguir entre aquello que los sistemas no conocen, aquello que no pueden conocer, aquello que se les impide conocer y aquello que su funcionamiento dificulta o impide conocer a los seres humanos. Estas modalidades no tienen necesariamente las mismas causas ni producen las mismas consecuencias, pero forman parte de una transformación general de las relaciones entre conocimiento e ignorancia. Esta conceptualización desarrolla el enfoque agnotológico aplicado a la inteligencia artificial en mis trabajos anteriores (Galán Machío, 2025, 2026a).

La ignorancia artificial no comprende, por tanto, cualquier forma de desconocimiento existente en las sociedades digitalizadas, sino aquellas modalidades que se originan, reproducen o transforman específicamente mediante el diseño, el funcionamiento y la utilización social de sistemas de inteligencia artificial. Su dimensión sociológica reside tanto en las limitaciones de estos sistemas como en sus consecuencias para la distribución del conocimiento y la ignorancia entre los sujetos sociales.

Esta perspectiva resulta especialmente necesaria para comprender las consecuencias de la digitalización de la vida social. Las sociedades complejas generan continuamente nuevas dependencias cognitivas. Los individuos utilizan tecnologías cuyo funcionamiento desconocen, participan en instituciones cuyos procedimientos no pueden reconstruir completamente y dependen de sistemas cuyas consecuencias globales resultan difíciles de anticipar. El desarrollo científico, la especialización técnica y la multiplicación de las fuentes de información han ampliado extraordinariamente las capacidades humanas para comprender e intervenir en la realidad. Sin embargo, el crecimiento del conocimiento no implica necesariamente una reducción proporcional de la ignorancia.

La expansión de los sistemas algorítmicos intensifica esta contradicción. Cuando una decisión depende de procedimientos cuyos criterios no pueden ser comprendidos, examinados o cuestionados por sus destinatarios, la capacidad técnica para procesar información puede coexistir con una reducción del conocimiento socialmente disponible sobre el propio proceso de decisión. La ignorancia se desplaza entonces, en parte, desde los contenidos hacia los procedimientos. No solamente desconocemos determinados hechos; también podemos desconocer cómo se seleccionan los hechos relevantes, cómo se construyen las categorías, cómo se ponderan las alternativas y cómo se producen los resultados.

La opacidad algorítmica constituye una de las manifestaciones más importantes de esta transformación, aunque no agota el concepto de ignorancia artificial. Sus causas son diversas: la complejidad técnica de los modelos, las características de sus procedimientos de aprendizaje, la utilización de datos incompletos, las decisiones empresariales sobre el secreto comercial, la fragmentación institucional de responsabilidades o las limitaciones de los instrumentos disponibles para explicar determinadas operaciones (Burrell, 2016).

Una parte de esta opacidad es estructural. Los sistemas de aprendizaje automático pueden establecer relaciones estadísticas cuya reconstrucción y explicación resultan difíciles incluso para quienes los desarrollan. Las infraestructuras digitales operan, además, mediante

plataformas propietarias y redes de sistemas interdependientes. Como consecuencia, los entornos tecnológicos en los que actúan los individuos pueden volverse progresivamente menos comprensibles, sin que esa dificultad responda necesariamente a una voluntad deliberada de ocultación.

La ignorancia artificial tampoco puede reducirse a los problemas de explicabilidad de los modelos. Los sistemas algorítmicos operan mediante procesos de selección de variables, abstracción, clasificación y reducción de complejidad. Sus resultados dependen de la información disponible, de los criterios utilizados para representarla y de los objetivos establecidos para su procesamiento. Aquello que queda fuera de los datos o de las categorías del modelo puede permanecer fuera de sus posibilidades de conocimiento. La capacidad de identificar correlaciones y elaborar predicciones no equivale necesariamente a comprender las relaciones causales ni a formular juicios sobre el significado social de los fenómenos analizados.

La ignorancia característica de las sociedades complejas no constituye solamente un déficit de información o una insuficiencia técnica. Tiene también una dimensión estructural derivada de la creciente interdependencia de las organizaciones sociales. La inteligencia artificial se incorpora a esta complejidad preexistente y puede intensificarla mediante nuevas formas de procesamiento, clasificación y decisión automatizada. La ignorancia artificial constituye así una modalidad específica de un fenómeno social más amplio: surge cuando el funcionamiento de los sistemas de IA y su integración institucional generan limitaciones de conocimiento, incertidumbres o asimetrías epistemológicas que afectan a los sujetos sociales.

Esta situación adquiere especial relevancia cuando los procedimientos algorítmicos intervienen en decisiones que afectan a los derechos y oportunidades de las personas. Los sistemas predictivos pueden utilizarse para evaluar la solvencia, seleccionar candidatos a un empleo, organizar la exposición a la información o determinar el acceso a determinadas prestaciones públicas. En estos casos, las decisiones técnicas incorporan criterios de clasificación y valoración que pueden contener supuestos normativos, aunque sus resultados se presenten como productos de una computación aparentemente objetiva.

La ignorancia artificial no es, en consecuencia, un fracaso meramente accidental del funcionamiento algorítmico. Determinadas formas de desconocimiento son inherentes a la selección de información, la abstracción de los datos, la construcción de modelos y la imposibilidad de representar exhaustivamente la realidad. Otras proceden de decisiones económicas, políticas e institucionales que restringen el acceso al conocimiento. La distinción entre estas modalidades resulta fundamental para comprender sus consecuencias sociales y determinar las posibilidades de intervención sobre ellas.

En la modernidad digital, la ignorancia coexiste con la hiperconectividad. Los individuos habitan entornos informativos cada vez más densos sin poder contextualizar, evaluar o interpretar la totalidad de la información disponible. Determinadas posibilidades pueden permanecer invisibles, no porque hayan sido expresamente censuradas, sino porque los procedimientos algorítmicos las clasifican como menos relevantes y reducen su presencia en los entornos informativos.

Al mismo tiempo, las organizaciones que controlan estos sistemas pueden disponer de conocimientos sobre los sujetos y sus comportamientos que estos no poseen, mientras conservan la capacidad de restringir el conocimiento público sobre sus propios procedimientos. Se configura así una asimetría en la que la creciente capacidad de

observación y predicción de unos actores se corresponde con una capacidad limitada de otros para conocer y cuestionar las condiciones bajo las cuales son observados, clasificados y evaluados.

La ignorancia puede llegar a normalizarse y aceptarse pragmáticamente a cambio de eficiencia, comodidad o seguridad. La confianza en el funcionamiento de sistemas abstractos sustituye parcialmente a la verificación directa de sus procedimientos. Esta dependencia no constituye necesariamente una forma de dominación, pero puede convertirse en ella cuando los sujetos carecen de posibilidades efectivas para conocer, cuestionar o modificar las decisiones que afectan a sus condiciones de existencia.

Surge de este modo una relación de **poder epistemológico** basada no solamente en la posesión de información, sino también en la capacidad de determinar qué puede conocerse, quién puede conocerlo, bajo qué condiciones y qué permanece fuera del alcance de otros sujetos. El poder se manifiesta tanto en la utilización del conocimiento como en la producción, distribución y administración de la ignorancia.

La inteligencia artificial no elimina, por tanto, la ignorancia: transforma sus mecanismos de producción, distribución y utilización. Tampoco toda ignorancia artificial debe considerarse un defecto que haya de eliminarse. Ningún sistema puede incorporar toda la información posible, y existen límites legítimos al conocimiento y al tratamiento de datos, especialmente cuando están relacionados con la privacidad, los derechos individuales o la protección de determinados intereses colectivos.

El problema político surge cuando la distribución del conocimiento y la ignorancia se convierte en una fuente de desigualdad de poder y cuando quienes dependen de los sistemas algorítmicos carecen de medios suficientes para comprenderlos, supervisarlos o cuestionar sus consecuencias.

La cuestión fundamental es, por tanto, si esta segunda naturaleza digital favorecerá formas más autónomas de vida colectiva o consolidará nuevas estructuras de dominación basadas en la opacidad y la ignorancia socialmente producida. Si la inteligencia artificial reorganiza los medios de conocimiento y decisión, **¿quién determina los fines, quién interpreta los resultados y quién asume la responsabilidad de sus consecuencias?**

5. IA-CRACIA: una estructura emergente de poder

Las cuestiones anteriores muestran que la producción y distribución de conocimiento e ignorancia no constituyen únicamente problemas epistemológicos, sino también dimensiones fundamentales del ejercicio del poder. Cuando las infraestructuras algorítmicas condicionan qué puede conocerse, qué alternativas pueden considerarse y cómo se adoptan determinadas decisiones, modifican las relaciones entre los sujetos sociales y las estructuras que organizan su existencia. La emergencia de la IA-CRACIA expresa esta transformación de las relaciones entre conocimiento, ignorancia, poder y soberanía. El poder no desaparece ni se transfiere necesariamente a las máquinas, sino que incorpora nuevas formas de ejercicio mediante arquitecturas tecnológicas que condicionan la organización y el funcionamiento de las sociedades.

La especificidad de la IA-CRACIA no reside exclusivamente en la automatización de decisiones, la concentración de recursos tecnológicos o la aparición de nuevas dependencias económicas. Consiste en la articulación de estos procesos dentro de una transformación más

amplia de las relaciones entre conocimiento, ignorancia y poder. Las infraestructuras algorítmicas no solamente amplían las capacidades de intervención de determinados actores, sino que modifican las condiciones bajo las cuales otros sujetos pueden conocer, interpretar, cuestionar y decidir. La IA-CRACIA permite así comprender conjuntamente las dimensiones económicas, epistemológicas, institucionales y políticas de una transformación que no puede reducirse a ninguna de ellas por separado.

Esta transformación introduce una dimensión de **poder infraestructural** que puede actuar sobre las condiciones mismas de la decisión. Los sistemas algorítmicos seleccionan información, establecen prioridades, elaboran clasificaciones, anticipan comportamientos y producen recomendaciones que influyen sobre decisiones públicas y privadas. La propaganda, la movilización emocional y la construcción de identidades colectivas incorporan también procedimientos digitales y automatizados que modifican las condiciones de la comunicación y la participación política (Bratton, 2016).

La importancia de esta transformación reside en que el poder no se ejerce exclusivamente en el momento visible de adoptar una decisión. También se ejerce mediante la configuración de las condiciones que hacen posibles determinadas decisiones y dificultan otras. Quien controla los procedimientos de selección de información, los criterios de clasificación y los modelos predictivos puede influir sobre los resultados sin necesidad de intervenir explícitamente en cada decisión.

La IA-CRACIA designa esta configuración emergente del poder, en la que las infraestructuras algorítmicas median crecientemente la producción de conocimiento, la organización de la acción social y el ejercicio de la autoridad. No constituye una ideología, un sistema tecnológico particular ni un régimen político autónomo. Es una estructura de mediación del poder que puede desarrollarse dentro de sistemas institucionales diferentes, tanto democráticos como autocráticos (Galán Machío, 2026b).

La IA-CRACIA tampoco implica necesariamente una ampliación del conocimiento social ni una reducción de la ignorancia. Como hemos visto, transforma los mecanismos de producción, distribución y utilización de ambos. El poder puede ejercerse mediante arquitecturas tecnológicas que estructuran lo que resulta accesible al conocimiento, condicionan las alternativas disponibles para la decisión y determinan qué aspectos de la realidad permanecen fuera de la atención de los sujetos sociales.

La IA-CRACIA no sustituye al Estado, al mercado ni a la burocracia. Los reconfigura mediante infraestructuras de datos, sistemas predictivos y arquitecturas de decisión automatizadas. Las relaciones entre las máquinas inteligentes, los mercados y el poder burocrático pueden convertirse así, como sugiere Danzig (2022), en matrimonios del cielo o del infierno, dependiendo de las condiciones institucionales que las gobiernen.

En las sociedades modernas, las decisiones colectivas se encuentran mediadas por instituciones jurídicas, administrativas y económicas. Los gobiernos establecen normas, las burocracias aplican procedimientos y los mercados coordinan intercambios y distribuyen recursos. Con la expansión de la inteligencia artificial, las burocracias incorporan modelos predictivos y sistemas automatizados de clasificación; los mercados se organizan crecientemente mediante plataformas digitales y procedimientos algorítmicos; y las infraestructuras tecnológicas se convierten en elementos cada vez más importantes para el funcionamiento de las organizaciones públicas y privadas.

Esta convergencia entre máquinas inteligentes, mercados y burocracias incrementa las capacidades de coordinación y organización social, pero también puede intensificar la concentración de recursos, la dependencia institucional y la dificultad para identificar responsabilidades. La inteligencia artificial no se limita, por tanto, a amplificar las estructuras de poder existentes: transforma las relaciones entre sus componentes y modifica las condiciones bajo las cuales se ejerce la autoridad.

Una de sus consecuencias más importantes afecta a la soberanía. El pensamiento político moderno ha establecido que el ejercicio legítimo de la autoridad debe estar sometido a normas jurídicas, procedimientos institucionales y mecanismos de responsabilidad. Las burocracias pueden ser criticadas y reformadas, los mercados pueden regularse y el poder político se encuentra, en las democracias constitucionales, limitado por el ordenamiento jurídico y el escrutinio público.

La segunda naturaleza computacional introduce nuevas dificultades para el ejercicio de ese control. Las infraestructuras digitales pueden operar a escala transnacional, estar concentradas en un número reducido de organizaciones y depender de procedimientos técnicos cuyo funcionamiento resulta difícilmente accesible para los ciudadanos e incluso para determinadas instituciones públicas. Una parte creciente de las capacidades efectivas de coordinación, predicción e intervención social puede concentrarse así en actores que no están sometidos a los mismos mecanismos de legitimación y responsabilidad que los poderes públicos.

No se trata necesariamente de una transferencia formal de soberanía desde los Estados hacia las empresas tecnológicas o los sistemas algorítmicos. La soberanía jurídica y la capacidad efectiva de condicionar decisiones son dimensiones diferentes del poder. Sin embargo, cuando el ejercicio de determinadas competencias públicas o actividades económicas depende de infraestructuras que los propios Estados no controlan plenamente, se produce una tensión entre la titularidad formal de la autoridad y las condiciones materiales de su ejercicio.

En este sentido, la IA-CRACIA introduce nuevas formas de **mediación infraestructural de la soberanía**. La autoridad política conserva sus fundamentos jurídicos e institucionales, pero algunas de sus capacidades efectivas dependen crecientemente de sistemas tecnológicos cuya propiedad, funcionamiento y evolución pueden encontrarse fuera de su control directo.

Esta transformación no tiene consecuencias políticas predeterminadas. Las mismas capacidades algorítmicas pueden utilizarse para mejorar la gestión pública, ampliar el acceso al conocimiento y fortalecer determinados mecanismos de participación y supervisión democrática, o para intensificar la vigilancia, la manipulación informativa y la concentración del poder. La IA-CRACIA no determina por sí misma una forma de gobierno, sino que modifica las condiciones tecnológicas, económicas y epistemológicas bajo las cuales operan los distintos regímenes políticos.

Se produce así una tensión entre la racionalidad algorítmica y la soberanía democrática, entre la concentración de recursos informacionales y la legitimidad política, y entre la automatización de decisiones y la capacidad de actuación de los sujetos sociales.

Los sistemas algorítmicos operan de acuerdo con objetivos y criterios de optimización establecidos en sus condiciones de diseño y utilización. Pueden incrementar la eficiencia, la

productividad o la seguridad, pero la legitimidad de los fines perseguidos no puede derivarse exclusivamente de sus procedimientos de cálculo.

La IA-CRACIA introduce así el riesgo de que la eficacia técnica adquiriera una autoridad política que no le corresponde. La pregunta «¿con qué propósito?» puede quedar subordinada a la pregunta «¿con cuánta eficacia?». Esta subordinación afecta directamente a la soberanía democrática, que presupone la capacidad de los sujetos sociales para debatir y decidir colectivamente los fines de la acción política.

El problema político fundamental de la IA-CRACIA no consiste, por tanto, en la sustitución de los gobernantes humanos por máquinas inteligentes, sino en la transformación de las condiciones bajo las cuales los sujetos sociales pueden conocer, deliberar, decidir y controlar el ejercicio del poder.

6. El sujeto social y el Ciberleviatán

La transformación algorítmica del poder plantea una cuestión fundamental de la teoría social: ¿quién actúa y quién es responsable cuando las decisiones están mediadas por sistemas artificiales? La creciente autonomía funcional de determinadas tecnologías puede inducir a considerar que las máquinas se han convertido en sujetos capaces de actuar políticamente. Sin embargo, esta interpretación confunde la capacidad operativa con la condición de sujeto social.

Los sistemas de inteligencia artificial pueden ejecutar operaciones complejas, modificar sus respuestas y producir resultados que no hayan sido previstos individualmente por quienes los diseñaron. Estas capacidades les confieren determinados grados de autonomía funcional, pero no implican por sí mismas la existencia de una identidad social propia, una voluntad política o una capacidad de representación colectiva.

Los **sujetos sociales** son entidades que participan en relaciones de reconocimiento, identidad, memoria, acción y responsabilidad dentro de un determinado orden social. La inteligencia artificial, entendida como artefacto tecnológico, no constituye por sí misma un sujeto social en este sentido. Su capacidad para intervenir en procesos sociales no equivale a una condición de sujeto autónomo dentro de las relaciones que organizan la vida colectiva. Esta distinción entre autonomía funcional y condición de sujeto social se apoya en el marco teórico que he desarrollado para su análisis en mi trabajo “*Sujetología*” (Galán Machío, 2026e).

El funcionamiento de los sistemas de IA se encuentra inscrito en relaciones entre individuos, organizaciones, empresas, instituciones y Estados que establecen objetivos, distribuyen recursos y determinan condiciones de utilización. Esta distinción permite comprender una de las paradojas centrales de la IA-CRACIA: **el poder puede adquirir formas cada vez más impersonales sin dejar de ejercerse mediante relaciones entre sujetos sociales.**

Las infraestructuras tecnológicas pueden fragmentar y distribuir las operaciones que conducen a una decisión. Una organización define los objetivos, otra proporciona los datos, una tercera desarrolla el modelo, otra administra la infraestructura y una institución distinta utiliza sus resultados. Cada participante puede controlar una parte del proceso sin disponer necesariamente de un conocimiento completo de su funcionamiento y sus consecuencias.

Cuando estas consecuencias resultan perjudiciales, la responsabilidad puede quedar dispersa entre actores que intervienen en diferentes fases del proceso. La aparente autonomía del algoritmo contribuye entonces a ocultar las relaciones sociales e institucionales que hacen posible su funcionamiento. La expresión «lo ha decidido el algoritmo» resume esta forma de desplazamiento de la responsabilidad desde los sujetos y las organizaciones hacia los procedimientos técnicos.

El algoritmo aparece así como una instancia decisoria independiente, aunque sus operaciones dependen de objetivos, criterios, datos, recursos y condiciones institucionales establecidos en el marco de relaciones sociales. La dificultad para identificar una responsabilidad individual inmediata no significa que las decisiones carezcan de responsables, sino que sus condiciones de producción pueden distribuirse entre múltiples actores.

El concepto de Ciberleviatán permite representar metafóricamente esta nueva configuración infraestructural del poder, sin atribuirle la condición de sujeto soberano. A diferencia del Leviatán clásico, cuya autoridad soberana podía identificarse con una instancia política relativamente definida, el Ciberleviatán se configura mediante redes interdependientes de instituciones públicas, plataformas privadas, infraestructuras informáticas y sistemas automatizados de coordinación y control (Hobbes, 1651/1996; Lassalle, 2019).

El Leviatán clásico representaba la concentración de la autoridad política en una figura soberana. El Ciberleviatán expresa, en cambio, una forma de poder infraestructural y distribuido, en la que numerosas operaciones de organización social se encuentran mediadas por sistemas técnicos cuya actuación conjunta resulta difícil de observar y comprender en su totalidad.

No posee necesariamente un centro único de decisión ni una voluntad política homogénea. Su poder procede de la interdependencia entre organizaciones y sistemas que pueden producir efectos colectivos no previstos ni controlados completamente por ninguno de sus participantes. Se configura así una forma paradójica de autoridad: una gobernanza aparentemente anónima que, sin embargo, se origina en relaciones sociales, económicas e institucionales.

Lo que parece residir exclusivamente «dentro» de los algoritmos se encuentra frecuentemente determinado por decisiones y condiciones situadas fuera de ellos: la propiedad de las infraestructuras, los objetivos económicos, las reglas institucionales, las relaciones contractuales y los criterios políticos que orientan su utilización.

La metáfora del Ciberleviatán permite describir, por tanto, una estructura en la que la multiplicación de mediaciones tecnológicas dificulta reconocer a los sujetos responsables y comprender las relaciones efectivas de poder. Su carácter distribuido no significa que todos los actores dispongan de capacidades equivalentes. La concentración de infraestructuras, recursos informacionales y competencias técnicas puede coexistir con la fragmentación de los procesos de decisión y responsabilidad.

Esta distinción resulta esencial para evitar el fatalismo tecnológico. Si el poder algorítmico fuera ejercido por una inteligencia autónoma situada fuera de la sociedad, la capacidad de intervención política parecería radicalmente limitada. Pero si las infraestructuras tecnológicas son construcciones sociales organizadas mediante relaciones económicas,

jurídicas e institucionales, sus condiciones de funcionamiento pueden ser objeto de regulación, conflicto y transformación.

La cuestión decisiva no es, por tanto, cómo someter a una supuesta voluntad política de las máquinas, sino **cómo identificar, atribuir responsabilidades y controlar democráticamente las relaciones de poder entre sujetos sociales que se encuentran mediadas por ellas.**

7. Democracia, autocracia y soberanía digital

La identificación de los sujetos responsables del poder algorítmico conduce necesariamente al examen de las condiciones políticas e institucionales bajo las cuales se ejerce. Las posibilidades de conocer, cuestionar y controlar las decisiones mediadas por sistemas de inteligencia artificial dependen de las relaciones entre Estados, empresas, instituciones y ciudadanos, así como de los regímenes políticos y las estructuras internacionales en que estas relaciones se desarrollan. La IA-CRACIA adquiere, por tanto, configuraciones diferentes según las condiciones de distribución y legitimación del poder.

Si una de las tensiones fundamentales del siglo XX se desarrolló en torno a las relaciones entre Estado y mercado, el siglo XXI incorpora una nueva dimensión: las relaciones entre democracia y poder algorítmico. Si la modernidad se caracterizó por la expansión de la racionalización y el orden burocrático, la modernidad digital se distingue por la creciente **automatización de los procedimientos de racionalización**. Así como la civilización industrial se expandió mediante una transformación intensiva de la naturaleza física, la nueva racionalidad computacional transforma las condiciones de organización de la segunda naturaleza social. Este proceso puede restringir la autonomía humana y las capacidades democráticas, pero también proporcionar instrumentos para ampliarlas.

La expansión de la racionalidad algorítmica plantea una tensión específica con los principios deliberativos de la democracia liberal (Coeckelbergh, 2024). La cuantificación, la correlación estadística y la predicción pueden ampliar extraordinariamente el conocimiento disponible para la decisión política, pero también favorecer que los resultados técnicamente optimizados adquieran una autoridad normativa que no les corresponde. La cuestión no reside en oponer la inteligencia artificial a la deliberación democrática, sino en impedir que los procedimientos de cálculo sustituyan la discusión pública sobre los criterios, los objetivos y las consecuencias de las decisiones colectivas.

La tensión entre inteligencia artificial y democracia liberal no es solamente ideológica, sino también estructural. Afecta a las relaciones entre racionalidad, legitimidad y soberanía. La política democrática presupone un futuro abierto a diferentes posibilidades y la legitimidad de procedimientos mediante los cuales los ciudadanos pueden deliberar, discrepar y decidir colectivamente. Cuando los sistemas predictivos adquieren una autoridad normativa que excede su función instrumental, determinadas alternativas pueden quedar excluidas de la deliberación antes de haber sido consideradas políticamente.

La economía política del cibercapitalismo añade otra dimensión a este problema. La convergencia entre máquinas inteligentes, mercados y burocracias puede favorecer la concentración empresarial, la dependencia tecnológica, nuevas desigualdades y formas de poder estatal-corporativo. Del mismo modo que las sociedades industriales desarrollaron mecanismos de regulación y protección frente a las consecuencias sociales de la

industrialización, las sociedades digitalizadas deben afrontar las nuevas relaciones de poder generadas por la concentración de infraestructuras y capacidades computacionales.

Surgen así problemas relativos a la transparencia, la responsabilidad, la deliberación pública y el ejercicio efectivo de la soberanía. No se trata únicamente de conocer qué decisión se ha adoptado, sino también de comprender cómo se ha producido, qué criterios han intervenido y quién dispone de la capacidad para modificar esos procedimientos. La novedad no reside en que los Estados recopilen y procesen información, actividades que han realizado históricamente, sino en que las grandes plataformas digitales han adquirido capacidades de observación, clasificación y predicción de alcance transnacional, frecuentemente sometidas a mecanismos de control público diferentes de los que rigen el ejercicio de la autoridad estatal.

La IA-CRACIA presenta, sin embargo, una característica fundamental: su **ambivalencia institucional**. La inteligencia artificial puede fortalecer las capacidades democráticas o intensificar las tendencias autoritarias dependiendo de los objetivos de su utilización, de las relaciones de poder existentes y de los mecanismos de supervisión y responsabilidad.

En los regímenes democráticos, los sistemas de IA pueden contribuir a mejorar la transparencia administrativa, la detección de irregularidades, el acceso a la información pública, la educación cívica, el periodismo de investigación y determinados procedimientos de participación ciudadana. También pueden facilitar la evaluación de políticas públicas, la identificación de inconsistencias y el análisis de las consecuencias de diferentes alternativas de decisión.

La inteligencia artificial puede asimismo apoyar el funcionamiento de instituciones basadas en criterios de mérito, profesionalidad e independencia, como la función pública y el poder judicial, mediante instrumentos de recuperación de información, análisis documental y revisión de procedimientos. Estas aplicaciones requieren, sin embargo, garantías que preserven la independencia de las instituciones y eviten que los criterios algorítmicos sustituyan indebidamente el juicio y la responsabilidad de sus titulares.

La expansión del gobierno electrónico muestra las posibilidades de transformación de las relaciones entre administraciones públicas y ciudadanos. Los servicios digitales pueden simplificar procedimientos, mejorar la accesibilidad, facilitar el tratamiento de información y ampliar las posibilidades de interacción con las instituciones. No obstante, la digitalización administrativa y la utilización de inteligencia artificial son procesos relacionados, pero diferentes: la primera no implica necesariamente la incorporación de sistemas inteligentes ni garantiza por sí misma una mejora de la calidad democrática.

Las mismas capacidades tecnológicas pueden utilizarse para intensificar la vigilancia, la manipulación informativa, la microsegmentación política y la concentración del poder. Los sistemas de clasificación y predicción pueden facilitar intervenciones discriminatorias, mientras la automatización de la comunicación puede ampliar las posibilidades de propaganda y desinformación. En contextos autoritarios, estas capacidades pueden incorporarse a mecanismos de control social, represión selectiva y restricción de las libertades.

Tampoco las democracias están exentas de estos riesgos. La utilización de procedimientos algorítmicos puede introducir nuevas formas de opacidad, discriminación y dependencia institucional incluso cuando sus objetivos declarados sean mejorar la eficiencia o la seguridad. La diferencia política no reside, por tanto, exclusivamente en la tecnología utilizada, sino en

las condiciones de legitimidad, transparencia, contestación y responsabilidad bajo las cuales se desarrolla su aplicación.

La IA-CRACIA no determina una forma única de organización política. Puede incorporarse a regímenes democráticos y autocráticos, reforzando o transformando sus capacidades institucionales. Tampoco implica necesariamente una reducción de la autonomía política: puede ampliar determinadas capacidades de conocimiento, participación y control, o favorecer nuevas formas de dominación y dependencia.

Más allá de sus implicaciones para los regímenes democráticos y autocráticos, la IA-CRACIA posee también una dimensión geopolítica. La concentración del poder infraestructural interviene en la reorganización de las relaciones entre Estados, bloques geopolíticos y territorios tecnológicamente dependientes. El control de los recursos computacionales, las plataformas, los datos, los semiconductores y los sistemas de inteligencia artificial se está convirtiendo en un componente estratégico de las relaciones internacionales.

En este contexto, podría hablarse de un «tecnofeudalismo global» para interpretar determinadas formas de dependencia y subordinación asociadas al control de infraestructuras digitales indispensables. En las sociedades feudales, las relaciones de dependencia se organizaban en torno al acceso a la tierra, la protección y las obligaciones entre señores y vasallos. En la modernidad digital, los Estados, las instituciones y las empresas con menores capacidades tecnológicas pueden depender de plataformas dominantes y grandes potencias para acceder a recursos computacionales, infraestructuras, estándares y mercados.

La analogía no implica que el capitalismo digital reproduzca literalmente las relaciones feudales ni que haya dejado de funcionar mediante relaciones capitalistas. Permite identificar, más bien, nuevas formas de subordinación basadas en el control de recursos infraestructurales cuyo acceso resulta difícilmente sustituible. La dependencia tecnológica puede limitar la autonomía de los actores subordinados incluso cuando estos conservan formalmente sus competencias jurídicas y sus capacidades de decisión.

Las plataformas digitales funcionan, en determinados ámbitos, como puertas de acceso a los mercados, la información y la comunicación. Su capacidad para establecer condiciones de participación, modificar reglas de acceso y organizar las relaciones entre usuarios les confiere formas de poder cuasi soberano, aunque no equivalentes a la soberanía política de los Estados.

A escala internacional, estas dependencias contribuyen a la formación de ecosistemas tecnológicos parcialmente diferenciados, organizados en torno al control de datos, plataformas, cadenas de suministro de semiconductores, infraestructuras de comunicaciones y sistemas de inteligencia artificial.

En siglos anteriores, la expansión imperial se manifestó principalmente mediante la dominación territorial y la proyección militar. La industrialización añadió una importancia creciente al control de las rutas comerciales, las materias primas y las capacidades productivas. En la modernidad digital, estas dimensiones no desaparecen, pero se complementan con el control de las infraestructuras tecnológicas que condicionan la organización económica, la circulación de información y determinadas capacidades de decisión de otros actores.

La **soberanía digital** expresa, en este contexto, el problema de la capacidad efectiva de los Estados y las sociedades para establecer las condiciones jurídicas, políticas y tecnológicas

bajo las cuales funcionan las infraestructuras digitales de las que dependen (Galán Machío, 2026b). No significa necesariamente autosuficiencia tecnológica ni aislamiento respecto de las redes internacionales, sino la posibilidad de ejercer una autoridad efectiva sobre decisiones estratégicas, proteger derechos y evitar dependencias que hagan ilusorio el control democrático (Bratton, 2016).

La cuestión decisiva es quién controla las infraestructuras, quién establece los objetivos de los sistemas y qué posibilidades tienen los sujetos sociales de conocer, cuestionar y modificar las decisiones que afectan a sus condiciones de existencia. **El problema de la soberanía digital no consiste solamente en disponer de tecnología, sino en conservar la capacidad política y social de gobernar las condiciones de su utilización.**

8. Gobernar la IA-CRACIA: el retorno de los fines políticos

El desafío político de la modernidad digital no consiste en rechazar la inteligencia artificial incorporada a la segunda naturaleza social, sino en someter sus condiciones de desarrollo y utilización a principios de legitimidad y responsabilidad. Gobernar la IA-CRACIA no significa alcanzar un dominio completo sobre la tecnología, sino establecer mecanismos de control democrático sobre sus infraestructuras, regular las condiciones de apropiación y utilización de los datos, preservar el pluralismo y reafirmar la deliberación colectiva sobre los fines de los procesos automatizados.

La política siempre ha coexistido con construcciones artificiales —Estados, mercados, burocracias e instituciones— y también coexistirá con la inteligencia artificial. La cuestión decisiva no es si la IA reemplazará a la política, sino cómo pueden aprovecharse sus capacidades sin debilitar los principios del autogobierno democrático.

Las instituciones democráticas deben afrontar, por tanto, interrogantes fundamentales. ¿Puede integrarse la racionalidad algorítmica en los marcos constitucionales sin erosionar las condiciones de responsabilidad y rendición de cuentas? ¿Pueden las infraestructuras predictivas ser suficientemente transparentes y gobernables para preservar la legitimidad de las decisiones? ¿Puede la inteligencia artificial contribuir a la pluralidad social y política en lugar de reducirla a resultados previamente optimizados? Y, especialmente, **¿quién debe poseer, administrar y controlar las infraestructuras que condicionan las capacidades de conocimiento y decisión de las sociedades?**

La inteligencia artificial puede procesar información con una rapidez y una escala inaccesibles para las organizaciones burocráticas tradicionales y generar contenidos con una capacidad de difusión y persuasión extraordinaria. Sin embargo, estas posibilidades no conducen necesariamente a un Ciberleviatán omnipotente, a una burocracia enteramente automatizada ni a un mercado algorítmico ajeno a cualquier control social.

Para preservar la legitimidad democrática, la racionalidad algorítmica debe permanecer subordinada a la deliberación política sobre los fines. Sus objetivos deben poder debatirse públicamente, sus criterios han de ser susceptibles de examen y cuestionamiento, sus condiciones de propiedad y control deben estar sujetas a regulación y sus resultados deben poder evaluarse mediante mecanismos adecuados de supervisión y auditoría.

La aparición de la IA-CRACIA obliga así a reconsiderar las condiciones materiales del ejercicio de la soberanía. Ni la confianza irrestricta en la autorregulación de los mercados ni la concentración tecnocrática de las decisiones en el aparato estatal garantizan por sí mismas un control democrático efectivo. Gobernar la IA-CRACIA requiere intervenir también sobre su arquitectura económica, sus relaciones de propiedad y sus mecanismos de concentración del poder.

El peligro contemporáneo no reside en que las máquinas adquieran por sí mismas un sentido político de la existencia, sino en que los seres humanos renuncien progresivamente a determinarlo, desplazando la orientación consciente y deliberativa de la vida colectiva hacia sistemas externos de optimización.

Para mantener las nuevas tecnologías bajo control democrático no basta con actualizar las conocidas *Tres Leyes de la Robótica* de Asimov (1950). El problema contemporáneo no consiste principalmente en regular el comportamiento de robots concebidos como agentes aislados, sino en gobernar una estructura de mediación algorítmica caracterizada por la distribución de operaciones, la concentración de capacidades, la opacidad y la producción de ignorancia artificial.

La innovación tecnológica avanza con frecuencia más rápidamente que los mecanismos políticos e institucionales destinados a regularla. La competencia entre potencias y ecosistemas digitales, junto con el creciente poder de las grandes corporaciones tecnológicas, dificulta el establecimiento de controles colectivos. En estas condiciones adquieren especial importancia las auditorías algorítmicas, los estándares de transparencia, los mecanismos de acceso y control sobre los datos, las alternativas a la concentración de infraestructuras y la cooperación regulatoria internacional.

Como plantea Harari (2024), evitar una concentración extrema de riqueza y poder exige prestar especial atención a las condiciones de propiedad y control de los datos, del mismo modo que las sociedades anteriores debieron establecer límites y regulaciones sobre otros recursos fundamentales, como la tierra y el capital.

Los desafíos fundamentales de la gobernanza democrática de la inteligencia artificial pueden organizarse en torno a **ocho cuestiones**:

La primera es la delegación: determinar qué decisiones pueden encomendarse a sistemas artificiales, bajo qué condiciones y cuáles deben permanecer sometidas a responsabilidad humana e institucional directa.

La segunda es la interpretación: establecer las condiciones bajo las cuales los resultados algorítmicos pueden considerarse fiables, comprensibles y adecuadamente contextualizados, evitando atribuirles una autoridad que exceda sus fundamentos.

La tercera es la complejidad: desarrollar mecanismos de supervisión para sistemas cuyo funcionamiento no siempre puede reducirse a explicaciones simples y cuya evaluación requiere conocimientos técnicos, institucionales y sociales diversos.

La cuarta es la interconexión: prevenir que los errores, las vulnerabilidades y las decisiones inadecuadas se propaguen a través de redes de sistemas tecnológicos estrechamente interdependientes.

La quinta es la generalización: conciliar la difusión de tecnologías de propósito general con la identificación y el control de aplicaciones que puedan producir consecuencias perjudiciales en contextos específicos.

La sexta es la falsificación: preservar las condiciones de identificación, autenticidad y confianza en entornos informativos donde los contenidos generados artificialmente pueden resultar difíciles de distinguir de los producidos por personas.

La séptima es el determinismo predictivo: evitar que las clasificaciones y predicciones basadas en comportamientos anteriores restrinjan injustificadamente las oportunidades futuras de individuos y colectivos, convirtiendo regularidades estadísticas en destinos sociales.

La octava es el control: determinar quién posee, administra y supervisa los recursos informacionales, computacionales e institucionales de los que dependen estas capacidades, y mediante qué procedimientos puede exigirse responsabilidad por su utilización.

Estas ocho cuestiones no constituyen solamente problemas técnicos de diseño y funcionamiento. Son problemas de organización institucional, legitimidad política y distribución del poder. Su tratamiento exige mecanismos de auditoría, garantías de transparencia, protección de derechos, regulación de los recursos informacionales, supervisión pública y cooperación internacional.

Exige también reconocer que la **ignorancia artificial debe convertirse en objeto explícito de gobernanza**. No se trata de exigir sistemas omniscientes ni de eliminar toda incertidumbre, sino de identificar los límites de sus capacidades, hacer visibles las incertidumbres relevantes y evitar que la opacidad y la desigual distribución del conocimiento se transformen en instrumentos de dominación (Galán Machío, 2026a).

La experiencia histórica de las democracias muestra que el control del poder no consiste en eliminarlo, sino en dividirlo, limitarlo, someterlo a reglas y mantener abiertas las posibilidades de crítica, revisión y contestación. La misma lógica debe aplicarse a las nuevas infraestructuras digitales.

En este sentido, los principios constitucionales asociados a la división y limitación del poder, formulados clásicamente por Montesquieu (1748/1989), requieren una traducción institucional adecuada a las condiciones de la gobernanza algorítmica. No se trata de trasladar mecánicamente la separación de poderes del Estado a los sistemas tecnológicos, sino de establecer contrapesos efectivos frente a la concentración de capacidades informacionales, económicas y decisorias.

La historia política no es la historia de la eliminación del poder, sino de sus transformaciones, disputas y limitaciones. Del mismo modo que las sociedades democráticas desarrollaron instituciones para regular las consecuencias del capitalismo industrial, pueden establecer mecanismos para gobernar políticamente el capitalismo digital y las infraestructuras de inteligencia artificial.

La regulación de los monopolios informacionales, el establecimiento de obligaciones de transparencia, la institucionalización de auditorías independientes, la delimitación de las aplicaciones admisibles y la exigencia de responsabilidad por las decisiones automatizadas

son posibilidades de intervención política. Ninguna de ellas está garantizada por el desarrollo tecnológico, pero tampoco resulta necesariamente excluida por él.

La segunda naturaleza digital no constituye un destino histórico predeterminado. Es una construcción social configurada mediante relaciones económicas, decisiones políticas, marcos regulatorios y expectativas culturales. Sus capacidades tecnológicas condicionan las posibilidades de acción de los sujetos, pero no determinan por sí solas los fines que deben orientar la vida colectiva.

La diferencia fundamental entre una utilización democrática y una utilización autoritaria de la inteligencia artificial no reside exclusivamente en sus capacidades técnicas, sino en las condiciones institucionales bajo las cuales se establecen sus objetivos, se distribuyen sus beneficios y se controlan sus consecuencias.

La IA-CRACIA expresa una nueva fase de la racionalización de la segunda naturaleza social, en la que las capacidades algorítmicas reorganizan simultáneamente la producción de conocimiento, la distribución de ignorancia y las condiciones del ejercicio del poder. Su emergencia no supone la aparición de un sujeto artificial soberano ni determina un régimen político específico, pero transforma las relaciones entre los sujetos sociales y las infraestructuras que condicionan sus decisiones. La cuestión fundamental de la modernidad digital es, por tanto, cómo preservar la autonomía política y la responsabilidad colectiva frente a sistemas cuya creciente inteligencia operativa puede coexistir con nuevas formas de dependencia e ignorancia social.

La emergencia de la IA-CRACIA plantea, en definitiva, un problema que trasciende la regulación de una tecnología particular. Se trata de determinar si las sociedades conservarán la capacidad de gobernar una segunda naturaleza que incorpora formas cada vez más complejas de inteligencia artificial, o si las condiciones de su existencia colectiva quedarán progresivamente subordinadas a infraestructuras cuyo funcionamiento y orientación escapan a su control.

Gobernar la IA-CRACIA significa, en último término, preservar la capacidad de los sujetos sociales para conocer, deliberar y decidir sobre las estructuras artificiales que ellos mismos han construido.

BIBLIOGRAFÍA

- Asimov, I. (1950). *I, robot*. Gnome Press.
- Bratton, B. H. (2016). *The stack: On software and sovereignty*. MIT Press.
- Burrell, J. (2016). How the machine ‘thinks’: Understanding opacity in machine learning algorithms. *Big Data & Society*, 3(1), 1–12. <https://doi.org/10.1177/2053951715622512>
- Coeckelbergh, M. (2024). *Why AI undermines democracy and what to do about it*. Polity Press.
- Crawford, K. (2021). *Atlas of AI: Power, politics, and the planetary costs of artificial intelligence*. Yale University Press.
- Danzig, R. (2022). *Machines, bureaucracies, and markets as artificial intelligences*. Center for Security and Emerging Technology. <https://cset.georgetown.edu/publication/machines-bureaucracies-and-markets-as-artificial-intelligences/>
- Han, B.-C. (2022). *Infocracy: Digitization and the crisis of democracy* (D. Steuer, Trad.). Polity Press.
- Harari, Y. N. (2024). *Nexus: A brief history of information networks from the Stone Age to AI*. Random House.
- Hobbes, T. (1996). *Leviathan* (R. Tuck, Ed.). Cambridge University Press. (Obra original publicada en 1651).
- Lassalle, J. M. (2019). *Ciberleviatán: El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Arpa.
- Marx, K. (1976). *Capital: A critique of political economy: Vol. 1* (B. Fowkes, Trad.). Penguin Books. (Obra original publicada en 1867).
- Montesquieu. (1989). *The spirit of the laws* (A. M. Cohler, B. C. Miller y H. S. Stone, Trans. y Eds.). Cambridge University Press. (Obra original publicada en 1748).
- Nowotny, H. (2021). *In AI we trust: Power, illusion and control of predictive algorithms*. Polity Press.
- Proctor, R. N., & Schiebinger, L. (Eds.). (2008). *Agnotology: The making and unmaking of ignorance*. Stanford University Press.
- Smithson, M. (1989). *Ignorance and uncertainty: Emerging paradigms*. Springer.
- Srnicek, N. (2017). *Platform capitalism*. Polity Press.
- Weber, M. (1978). *Economy and society: An outline of interpretive sociology* (G. Roth y C. Wittich, Eds.). University of California Press.

Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism: The fight for a human future at the new frontier of power*. PublicAffairs.

Obras del autor

Galán Machío, A. (2019). La modernidad ignorante: Sociología de la ignorancia, ignorancia de la sociología. Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/62515/>

Galán Machío, A. (2025). Ignorancia artificial: Para entender el poder de la IA, primero debemos confrontar su ignorancia. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026a). Artificial ignorance: An agnotological framework for AI bias, opacity, explainability, and governance. Zenodo. <https://doi.org/10.5281/zenodo.22532576>

Galán Machío, A. (2026b). IA-CRACIA: Inteligencia artificial, Soberanía y democracia. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026c). La modernidad ignorante: El Homo ignorans y la construcción del mundo moderno. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026d). Sociología de la ignorancia, ignorancia de la sociología. Agnotología. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026e). Sujetología: Sociología de los sujetos sociales. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026f). Subject, ignorance, and power in the age of artificial intelligence: Toward an integrated theory of AI-CRACY [Preprint]. ResearchGate. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.22098.11201>

AI-CRACY: THE EMERGENCE OF A NEW STRUCTURE OF POWER

A Sociological Interpretation of Artificial Intelligence,
Ignorance, and Sovereignty in Digital Modernity

Agustín Galán Machío

Abstract

Artificial intelligence is rapidly transforming economies, institutions, and everyday life. However, its most profound impact may be political. Beyond technological innovation, it represents a new phase in the rationalization of society, altering the conditions under which knowledge is produced, ignorance is distributed, and power is exercised.

As algorithmic systems increasingly intervene in decisions made by governments, markets, and digital platforms, some of the effective capacity for social organization and control shifts toward computational infrastructures. I call this emerging configuration of power AI-CRACY, characterized by the algorithmic mediation of social, economic, and political relations. It does not constitute an autonomous political regime but rather a structural transformation that can unfold in both democracies and autocracies.

This article presents the central argument of my book AI-CRACY: Artificial Intelligence, Sovereignty, and Democracy. It examines how artificial intelligence transforms society's second nature, reorganizes the production of knowledge and artificial ignorance, and contributes, through cybercapitalism and digital empires, to new forms of concentration of power. In contrast to utopian and dystopian interpretations of the technological future, it proposes a sociological and political framework for understanding transformations in sovereignty and the challenges of democratic governance.

The fundamental question is not whether machines will come to govern the world, but whether societies will retain the capacity to govern the artificial infrastructures that shape their collective future.

1. Introduction: The Transformation of Power

This article expands and further develops the theoretical framework initially presented in *Subject, Ignorance, and Power in the Age of Artificial Intelligence: Toward an Integrated Theory of AI-CRACY* (Galán Machío, 2026f). Building on the relationships among social subjects, artificial ignorance, and algorithmic power examined in that earlier study, the present analysis places greater emphasis on the emergence of AI-CRACY as a structure of power, its infrastructural and geopolitical dimensions, and its implications for democratic governance and digital sovereignty.

Contemporary societies are undergoing a transformation that affects not only their technological instruments but also the conditions under which collective life is organized, knowledge is produced, and power is exercised. The expansion of artificial intelligence

represents a new phase in a broader historical process: the increasing incorporation of forms of artificial rationality into the structures of social organization.

Artificial intelligence is usually analyzed in terms of its capabilities: what it can know, what problems it can solve, what decisions it can automate, and to what extent it can replace certain human activities. However, its sociological and political significance cannot be understood solely in terms of these capabilities. It is also necessary to examine the transformations it introduces into the relationships between social subjects and the artificial systems that organize their existence.

The decisive question is not whether machines will become more intelligent than human beings, but how artificial intelligence alters the conditions under which knowledge is socially produced, distributed, and used and, inseparably, the conditions under which ignorance is produced and distributed.

This dual perspective makes it possible to situate artificial intelligence within the historical continuity of other major artificial constructions of society. States, bureaucracies, and markets have constituted forms of collective intelligence through which societies have organized their resources, established rules, coordinated behavior, and solved problems of collective action (Danzig, 2022). Artificial intelligence does not emerge independently of these structures; rather, it becomes incorporated into them, transforms them, and amplifies some of their capabilities.

This incorporation has consequences that extend beyond improvements in administrative or economic efficiency. When algorithmic systems select information, establish classifications, anticipate behavior, and influence decisions, they participate in shaping social and political relations. Power is exercised not only through explicit decisions, legal rules, or economic mechanisms, but also through the infrastructures that determine what information is accessible, which alternatives are considered, and which outcomes appear rational or inevitable.

Every structural transformation of society also generates imaginaries that shape collective expectations. Industrialization produced myths of progress and fears of mechanization; nuclear energy inspired expectations of unlimited energy and fears of annihilation. Artificial intelligence now occupies a comparable symbolic position. The digital age oscillates between utopia and dystopia, between uncritical technological enthusiasm and technophobia.

Both perspectives, however, share a fundamental characteristic: they attribute to technology a capacity for agency that displaces human political responsibility. In utopian visions, technology appears as an autonomous solution to social problems: AI will solve them. In dystopian visions, it appears as an equally autonomous force of domination: AI will dominate. In both cases, social subjects are relegated to a secondary position in the face of the supposed historical protagonism of machines.

This article distances itself both from apocalyptic interpretations of an imminent transformation of human nature and from techno-utopian predictions that present technological singularity as an inevitable horizon. The future of society is not a predetermined historical destiny but a social construction whose development and consequences depend on economic relations, political decisions, and institutional configurations.

The central hypothesis of this article is that artificial intelligence represents a new phase in the rationalization of what has been called second nature: an artificial world comprising objects, infrastructures, institutions, rules, organizations, and symbolic systems that progressively shape the conditions of social existence. Its expansion simultaneously transforms the production of knowledge, the forms of ignorance, and the structures of power. AI-CRACY constitutes the political expression of this transformation (Galán Machío, 2026b).

To develop this hypothesis, I will examine, in sequence, the intelligence of second nature; the economic and epistemological foundations of digital capitalism; the production of artificial ignorance; the configuration of AI-CRACY; the problem of the social subject; its political and geopolitical manifestations; and, finally, the conditions for its democratic governance.

2. The Intelligence of Second Nature

Human life unfolds in an environment that is not constituted exclusively by physical nature. Throughout history, societies have constructed a second nature: an environment produced by human activity that, once established, acquires a relative autonomy from the individuals who created it and becomes a condition of their subsequent actions.

Political institutions, markets, and bureaucracies form part of this second nature. They are not merely instruments external to society but structures that organize cooperation, distribute information, establish expectations, and guide behavior.

From this perspective, it can be argued that societies have historically developed forms of artificial intelligence that predate the emergence of computers. Legal rules make it possible to coordinate actions without requiring all participants to know one another personally. Bureaucracies accumulate and process information through impersonal procedures. Markets coordinate countless individual decisions through mechanisms of exchange and price formation (Danzig, 2022).

In this sense, society itself can be understood as a historical form of artificial intelligence—not in the contemporary computational sense of the term, but as a collective construction that incorporates, organizes, and uses knowledge through structures created by human beings.

These structures embody knowledge that no individual possesses in its entirety. Their functioning depends on a distributed social intelligence embedded in rules, procedures, and institutional relationships. Yet this collective intelligence has a fundamental characteristic: it produces knowledge and, simultaneously, ignorance.

The social division of labor, administrative specialization, and the complexity of markets make it possible to achieve levels of coordination unattainable by isolated individuals. However, they also generate dependencies on processes that participants do not understand and over which they have little control. The increase in the collective capacity for organization does not, therefore, entail an equivalent increase in the knowledge available to each social subject.

Modernity intensified this transformation through the rationalization of economic, political, and administrative life. Bureaucratization and the expansion of markets greatly increased the capacity for social organization, but they also made relationships among individuals increasingly mediated by abstract and impersonal systems (Weber, 1978).

Digitalization represents a new phase in this process. Information that previously circulated through documents, administrative procedures, commercial exchanges, and personal communications is now recorded, stored, and processed through computer infrastructures.

We thus live immersed in a digitalized second nature, composed not only of infrastructures, objects, and commodities but also of data, code, and algorithms. Digitalization can be understood as an intensification of the historical processes of bureaucratization and rationalization, transforming not only public management and administration but also the functioning of markets, organizations, and social relations.

Artificial intelligence incorporates and reconfigures capacities for collective intelligence historically embedded in political rules, bureaucratic procedures, and market mechanisms. It does not constitute an autonomous social subject but rather a new artifact that expands the possibilities for rationalization and organization of second nature.

Its novelty does not lie simply in accelerating operations previously performed by human beings or institutions. Artificial intelligence systems can identify regularities, generate predictions, produce content, and modify certain operations on the basis of available data. In some domains, they enable artificial structures to learn from processed information, adapt their responses, and adjust their functioning without requiring every operation to be explicitly specified in advance.

Second nature thus acquires new capacities for processing, learning, and adaptation that cannot be reduced to the mere mechanization of operations. Artificial intelligence is also transforming the conditions of human cognition and creativity, as well as our understanding of concepts such as intelligence, consciousness, and mind.

This does not, however, mean attributing consciousness, will, or subjectivity to this environment. Its intelligence is fundamentally functional and operational: it consists in the capacity to process information and produce outcomes that intervene in the organization of social action. The historical novelty lies in the fact that the artificial structures conditioning human existence are acquiring increasing capacities to anticipate and guide behavior.

Intelligent second nature does not, therefore, replace society but transforms the conditions under which it functions. Individuals continue to act as social subjects, although they do so in an environment where the information available, the alternatives presented, and the foreseeable consequences of their decisions are increasingly mediated by algorithmic systems.

A paradox characteristic of digital modernity thus emerges: the greater the operational intelligence of the systems that organize society, the more difficult it may become for its members to understand the overall functioning of those same systems (Galán Machío, 2026c).

The expansion of technical knowledge does not necessarily eliminate social ignorance. On the contrary, it may widen the gap between the operational capacity of artificial structures and the capacity of those who depend on them to understand and control them. Artificial intelligence thus intensifies a contradiction already present in the historical evolution of second nature: the development of increasingly complex forms of collective intelligence may be accompanied by new forms of individual and social ignorance.

3. Dataism, Cybercapitalism, and Cognitive Expropriation

The transformation of second nature has an economic dimension that is inseparable from its political consequences. Digitalization not only changes the procedures through which societies organize and use knowledge but also alters the conditions of its production, appropriation, and distribution.

Industrial capitalism developed primarily through the appropriation and organization of material resources, human labor, and the means of production. Digital capitalism adds a new source of accumulation to these elements: the capture, processing, and economic exploitation of information about human activity (Srnicek, 2017; Zuboff, 2019). Whereas industrial capitalism was built on the extraction of labor and natural resources, cybercapitalism increasingly incorporates the extraction of cognitive resources: the capture of attention, the recording of behavior, and the conversion of lived experience into information susceptible to economic exploitation.

Everyday behavior continuously generates digital records. Communications, movements, preferences, economic exchanges, and social relationships produce data that can be stored, combined, and used to construct predictive models. The accumulation of these records—habits, identity markers, preferences, relationships, and individual trajectories—becomes a source of wealth and a strategic resource for the organizations that control digital infrastructures.

Under different historical conditions, this process recalls what Marx (1867/1976) described as primitive accumulation. Whereas the latter involved the separation of certain producers from their traditional means of subsistence, the new informational accumulation entails a partial separation of social subjects from the knowledge derived from their own activities. Earlier forms of dispossession separated producers from land, tools, and the means of production; the new dispossession may separate individuals from control over the informational traces of their own lives.

I use the term cognitive expropriation to designate this process through which an increasing share of socially produced knowledge about social subjects is appropriated, processed, and used by organizations over which those subjects have no control. Its significance lies not simply in the loss of control over certain data but in the displacement of the capacity to interpret and use the knowledge generated by social activity itself (Galán Machío, 2026b).

Individuals continuously produce information through their behavior, but the capacities to collect, interpret, and exploit that information are concentrated in the organizations that control digital infrastructures. Social subjects thus become objects of

knowledge for systems capable of identifying their preferences, classifying their behavior, anticipating certain decisions, and shaping their possibilities for action.

The resulting relationship is profoundly asymmetrical: the organizations that administer these systems acquire an increasing capacity to know individuals, while individuals have far more limited opportunities to understand the procedures through which they are observed, classified, and evaluated.

Cybercapitalism rests on this epistemic asymmetry. Its power derives not exclusively from ownership of computational resources but also from the capacity to transform dispersed information into operational and predictive knowledge. Artificial intelligence intensifies this process by expanding the possibilities for classification, inference, and anticipation (Crawford, 2021; Zuboff, 2019).

Domination may consequently rely on specific forms of socially produced ignorance: the opacity of algorithmic procedures that intervene in everyday life, the difficulty of understanding the contractual conditions governing access to digital services, and the technological dependence that arises when effective alternatives disappear. The concentration of operational knowledge within certain organizations may be accompanied by a growing inability among social subjects to understand and control the systems on which they depend.

Alongside this economic transformation, another shift is taking place at the cultural and epistemological levels, which can be identified with the concept of dataism. Modernity elevated reason to a fundamental principle of knowledge and social organization; digital modernity tends to attribute increasing authority to data and the procedures capable of processing them.

Dataism expresses the tendency to regard the quantitative representation of reality as a privileged form of knowledge and to assume that increasing the amount of available information makes it possible to improve the rationality of decisions indefinitely. The promise of Big Data lies in offering an increasingly accurate representation of the world and, with it, an expansion of the capacities for prediction and control (Han, 2022; Nowotny, 2021).

Its significance lies not merely in the use of large quantities of information but in the progressive identification of what can be measured with what deserves to be considered relevant.

Algorithmic systems need to translate certain aspects of reality into computable variables, categories, and relationships. This operation makes it possible to obtain extraordinarily useful results, but it also entails selecting some dimensions of phenomena while excluding others. What cannot be adequately recorded or quantified may remain outside the procedures of evaluation and decision-making.

In this way, quantification ceases to be merely an instrument of knowledge and risks becoming a criterion for defining social reality. What is not recorded may cease to be considered; what is not measured may lose institutional relevance; and what models fail to incorporate may be excluded from the alternatives actually taken into consideration.

Algorithmic rationality tends to privilege problems that can be formulated in operational terms. Prediction acquires increasing importance, and the optimization of measurable outcomes may displace discussion and argumentation concerning the ends those outcomes should serve.

The problem, however, does not lie in the use of data, statistical models, or algorithmic procedures, but in the attribution of normative authority to systems that cannot, by themselves, establish the legitimacy of the objectives pursued. The capacity to predict certain behaviors or select effective means is not equivalent to the capacity to justify the ends of collective action.

The convergence of data extraction, infrastructure concentration, and predictive rationality thus creates the economic and epistemic conditions for a new configuration of power. Control over the means through which social experience is transformed into information, information into prediction, and prediction into the capacity to intervene in behavior constitutes one of the fundamental foundations of AI-CRACY.

The decisive question is not merely who owns the data, but who possesses the capacity to transform them into knowledge, determine their use, and thereby shape the decisions of others. The unequal distribution of these capacities makes the social production of knowledge and ignorance a central dimension of emerging power relations.

4. Artificial Ignorance and Epistemic Power

Ignorance is not merely an absence of knowledge. It is also a socially produced, distributed, and managed phenomenon (Smithson, 1989). The sociology of ignorance, or agnotology, provides a framework for examining this dimension of social life. This perspective forms the foundation of my earlier work on the sociology of ignorance and ignorant modernity. Its object is not limited to identifying what is unknown; it also encompasses the social and institutional conditions that produce, sustain, or make use of different forms of ignorance (Proctor & Schiebinger, 2008; Galán Machío, 2019, 2026d). Applied to artificial intelligence, this perspective leads to the concept of artificial ignorance. Understanding artificial intelligence requires examining not only what it knows or can do, but also what it does not know, what it cannot know, what it is prevented from knowing, and the forms of ignorance it generates among social subjects.

Artificial ignorance refers to the set of limitations, omissions, uncertainties, and forms of not-knowing that are generated, reproduced, or amplified through artificial intelligence systems and their relationships with institutions and social environments. Its analysis requires distinguishing between what these systems do not know, what they cannot know, what they are prevented from knowing, and what their operation makes difficult or impossible for human beings to know. These forms do not necessarily have the same causes or produce the same consequences, but they are part of a broader transformation in the relationships between knowledge and ignorance. This conceptualization further develops the agnotological approach to artificial intelligence presented in my earlier work (Galán Machío, 2025, 2026a).

Artificial ignorance, therefore, does not encompass every form of not-knowing found in digitalized societies, but rather those forms that arise, are reproduced, or are transformed specifically through the design, operation, and social use of artificial intelligence

systems. Its sociological dimension lies both in the limitations of these systems and in their consequences for the distribution of knowledge and ignorance among social subjects.

This perspective is particularly necessary for understanding the consequences of the digitalization of social life. Complex societies continually generate new cognitive dependencies. Individuals use technologies whose operation they do not understand, participate in institutions whose procedures they cannot fully reconstruct, and depend on systems whose overall consequences are difficult to anticipate. Scientific development, technical specialization, and the proliferation of information sources have greatly expanded human capacities to understand and intervene in reality. However, the growth of knowledge does not necessarily entail a proportional reduction in ignorance.

The expansion of algorithmic systems intensifies this contradiction. When a decision depends on procedures whose criteria cannot be understood, examined, or challenged by those affected, the technical capacity to process information may coexist with a reduction in socially available knowledge about the decision-making process itself. Ignorance thus shifts, in part, from substantive content to procedures. We may not only be unaware of certain facts; we may also be unaware of how relevant facts are selected, how categories are constructed, how alternatives are weighted, and how outcomes are produced.

Algorithmic opacity is one of the most important manifestations of this transformation, although it does not exhaust the concept of artificial ignorance. Its causes are diverse: the technical complexity of models, the characteristics of their learning procedures, the use of incomplete data, corporate decisions concerning trade secrecy, the institutional fragmentation of responsibilities, and the limitations of the tools available to explain particular operations (Burrell, 2016).

Some of this opacity is structural. Machine learning systems may establish statistical relationships that are difficult to reconstruct and explain, even for their developers. Digital infrastructures also operate through proprietary platforms and networks of interdependent systems. Consequently, the technological environments in which individuals act may become progressively less comprehensible, without this difficulty necessarily resulting from a deliberate intention to conceal information.

Artificial ignorance cannot be reduced to problems of model explainability either. Algorithmic systems operate through processes of variable selection, abstraction, classification, and complexity reduction. Their results depend on the information available, the criteria used to represent it, and the objectives established for its processing. What falls outside a model's data or categories may remain beyond its capacity for knowledge. The ability to identify correlations and generate predictions does not necessarily amount to understanding causal relationships or making judgments about the social significance of the phenomena being analyzed.

The ignorance characteristic of complex societies is not merely an information deficit or a technical shortcoming. It also has a structural dimension arising from the growing interdependence of social organizations. Artificial intelligence becomes incorporated into this preexisting complexity and may intensify it through new forms of information processing, classification, and automated decision-making. Artificial ignorance thus constitutes a specific form of a broader social phenomenon: it arises when the operation of AI systems and their institutional integration generate limitations of knowledge, uncertainties, or epistemic asymmetries that affect social subjects.

This situation becomes particularly significant when algorithmic procedures intervene in decisions affecting people's rights and opportunities. Predictive systems may be used to assess creditworthiness, select job applicants, organize exposure to information, or determine access to certain public benefits. In these cases, technical decisions incorporate criteria of classification and evaluation that may embody normative assumptions, even when their outcomes are presented as the products of seemingly objective computation.

Artificial ignorance is therefore not merely an accidental failure of algorithmic operation. Certain forms of not-knowing are inherent in information selection, data abstraction, model construction, and the impossibility of representing reality exhaustively. Others arise from economic, political, and institutional decisions that restrict access to knowledge. Distinguishing between these forms is essential for understanding their social consequences and determining the possibilities for intervention.

In digital modernity, ignorance coexists with hyperconnectivity. Individuals inhabit increasingly information-dense environments without being able to contextualize, evaluate, or interpret all the information available. Certain possibilities may remain invisible, not because they have been explicitly censored, but because algorithmic procedures classify them as less relevant and reduce their presence in informational environments.

At the same time, the organizations controlling these systems may possess knowledge about social subjects and their behavior that those subjects themselves lack, while retaining the capacity to restrict public knowledge of their own procedures. An asymmetry thus emerges in which the increasing observational and predictive capacities of some actors correspond to the limited capacity of others to understand and challenge the conditions under which they are observed, classified, and evaluated.

Ignorance may become normalized and pragmatically accepted in exchange for efficiency, convenience, or security. Trust in the operation of abstract systems partially replaces direct verification of their procedures. This dependence does not necessarily constitute a form of domination, but it may become one when social subjects lack effective opportunities to understand, challenge, or modify decisions affecting their conditions of existence.

A relationship of epistemic power thus emerges, based not only on the possession of information but also on the capacity to determine what can be known, who can know it, under what conditions, and what remains beyond the reach of other subjects. Power manifests itself both in the use of knowledge and in the production, distribution, and management of ignorance.

Artificial intelligence, therefore, does not eliminate ignorance: it transforms the mechanisms through which ignorance is produced, distributed, and used. Nor should every form of artificial ignorance be regarded as a defect that must be eliminated. No system can incorporate all possible information, and legitimate limits exist on knowledge acquisition and data processing, particularly when privacy, individual rights, or the protection of certain collective interests are involved.

The political problem arises when the distribution of knowledge and ignorance becomes a source of inequality in power, and when those who depend on algorithmic systems lack sufficient means to understand, oversee, or challenge their consequences.

The fundamental question, therefore, is whether this digital second nature will foster more autonomous forms of collective life or consolidate new structures of domination based on opacity and socially produced ignorance. If artificial intelligence reorganizes the means of knowledge and decision-making, who determines the ends, who interprets the results, and who assumes responsibility for their consequences?

5. AI-CRACY: An Emerging Structure of Power

The preceding discussion shows that the production and distribution of knowledge and ignorance are not merely epistemological issues but also fundamental dimensions of the exercise of power. When algorithmic infrastructures shape what can be known, which alternatives can be considered, and how certain decisions are made, they alter the relationships between social subjects and the structures that organize their existence. The emergence of AI-CRACY expresses this transformation in the relationships among knowledge, ignorance, power, and sovereignty. Power neither disappears nor is necessarily transferred to machines; rather, it acquires new forms of exercise through technological architectures that shape the organization and functioning of societies.

The distinctive character of AI-CRACY lies not exclusively in the automation of decisions, the concentration of technological resources, or the emergence of new economic dependencies. It consists in the articulation of these processes within a broader transformation of the relationships among knowledge, ignorance, and power. Algorithmic infrastructures not only expand the capacities of certain actors to intervene but also alter the conditions under which other subjects can know, interpret, question, and decide. AI-CRACY thus provides a framework for understanding the economic, epistemological, institutional, and political dimensions of a transformation that cannot be reduced to any one of them in isolation.

This transformation introduces a dimension of infrastructural power that can operate upon the very conditions of decision-making. Algorithmic systems select information, establish priorities, develop classifications, anticipate behavior, and generate recommendations that influence public and private decisions. Propaganda, emotional mobilization, and the construction of collective identities also incorporate digital and automated procedures that alter the conditions of political communication and participation (Bratton, 2016).

The significance of this transformation lies in the fact that power is not exercised exclusively at the visible moment when a decision is made. It is also exercised by shaping the conditions that make certain decisions possible while making others more difficult. Those who control information-selection procedures, classification criteria, and predictive models can influence outcomes without having to intervene explicitly in every decision.

AI-CRACY designates this emerging configuration of power, in which algorithmic infrastructures increasingly mediate the production of knowledge, the organization of social action, and the exercise of authority. It is neither an ideology, a particular technological system, nor an autonomous political regime. It is a structure of power mediation that can develop within different institutional systems, both democratic and autocratic (Galán Machío, 2026b).

Nor does AI-CRACY necessarily entail an expansion of social knowledge or a reduction in ignorance. As we have seen, it transforms the mechanisms through which both are produced, distributed, and used. Power can be exercised through technological architectures that structure what is accessible to knowledge, shape the alternatives available for decision-making, and determine which aspects of reality remain beyond the attention of social subjects.

AI-CRACY does not replace the state, the market, or bureaucracy. It reconfigures them through data infrastructures, predictive systems, and automated decision-making architectures. The relationships among intelligent machines, markets, and bureaucratic power may thus become, as Danzig (2022) suggests, marriages made in heaven or hell, depending on the institutional conditions governing them.

In modern societies, collective decisions are mediated by legal, administrative, and economic institutions. Governments establish rules, bureaucracies implement procedures, and markets coordinate exchanges and distribute resources. With the expansion of artificial intelligence, bureaucracies incorporate predictive models and automated classification systems; markets are increasingly organized through digital platforms and algorithmic procedures; and technological infrastructures become ever more important to the functioning of public and private organizations.

This convergence of intelligent machines, markets, and bureaucracies increases the capacities for coordination and social organization, but it may also intensify the concentration of resources, institutional dependence, and the difficulty of identifying responsibility. Artificial intelligence, therefore, does not merely amplify existing structures of power: it transforms the relationships among their components and alters the conditions under which authority is exercised.

One of its most important consequences concerns sovereignty. Modern political thought has established that the legitimate exercise of authority must be subject to legal rules, institutional procedures, and mechanisms of accountability. Bureaucracies can be criticized and reformed, markets can be regulated, and political power in constitutional democracies is constrained by the legal order and public scrutiny.

Computational second nature introduces new difficulties for the exercise of such control. Digital infrastructures may operate on a transnational scale, be concentrated in a small number of organizations, and depend on technical procedures whose operation is difficult for citizens and even certain public institutions to access or understand. An increasing share of the effective capacities for social coordination, prediction, and intervention may thus become concentrated in actors that are not subject to the same mechanisms of legitimation and accountability as public authorities.

This does not necessarily involve a formal transfer of sovereignty from states to technology companies or algorithmic systems. Legal sovereignty and the effective capacity to shape decisions are distinct dimensions of power. Nevertheless, when the exercise of certain public responsibilities or economic activities depends on infrastructures that states themselves do not fully control, a tension emerges between the formal possession of authority and the material conditions under which it is exercised.

In this sense, AI-CRACY introduces new forms of infrastructural mediation of sovereignty. Political authority retains its legal and institutional foundations, but some of its

effective capacities increasingly depend on technological systems whose ownership, operation, and development may lie beyond its direct control.

This transformation does not have predetermined political consequences. The same algorithmic capabilities can be used to improve public administration, expand access to knowledge, and strengthen certain mechanisms of democratic participation and oversight, or to intensify surveillance, information manipulation, and the concentration of power. AI-CRACY does not itself determine a form of government; rather, it alters the technological, economic, and epistemological conditions under which different political regimes operate.

A tension thus arises between algorithmic rationality and democratic sovereignty, between the concentration of informational resources and political legitimacy, and between the automation of decisions and the capacity of social subjects to act.

Algorithmic systems operate according to objectives and optimization criteria established through the conditions of their design and use. They can increase efficiency, productivity, or security, but the legitimacy of the ends pursued cannot be derived exclusively from their computational procedures.

AI-CRACY thus introduces the risk that technical effectiveness may acquire a political authority to which it is not entitled. The question “For what purpose?” may become subordinate to the question “How efficiently?” This subordination directly affects democratic sovereignty, which presupposes the capacity of social subjects to debate and collectively determine the ends of political action.

The fundamental political problem of AI-CRACY, therefore, does not consist in the replacement of human rulers by intelligent machines, but in the transformation of the conditions under which social subjects can know, deliberate, decide, and control the exercise of power.

6. The Social Subject and the Cyber-Leviathan

The algorithmic transformation of power raises a fundamental question in social theory: who acts, and who is responsible, when decisions are mediated by artificial systems? The growing functional autonomy of certain technologies may encourage the view that machines have become subjects capable of political action. However, this interpretation confuses operational capacity with the status of a social subject.

Artificial intelligence systems can perform complex operations, modify their responses, and produce outcomes that were not individually anticipated by those who designed them. These capabilities confer certain degrees of functional autonomy, but they do not, in themselves, imply the existence of a distinct social identity, a political will, or a capacity for collective representation.

Social subjects are entities that participate in relationships of recognition, identity, memory, action, and responsibility within a given social order. Artificial intelligence, understood as a technological artifact, does not in itself constitute a social subject in this sense. Its capacity to intervene in social processes does not amount to the status of an autonomous subject within the relationships that organize collective life. This distinction between functional autonomy and the status of a social subject is grounded in the theoretical framework developed in Subjectology (Galán Machío, 2026e).

The operation of AI systems is embedded in relationships among individuals, organizations, corporations, institutions, and states that establish objectives, allocate resources, and determine conditions of use. This distinction helps explain one of the central paradoxes of AI-CRACY: power may take increasingly impersonal forms while continuing to be exercised through relationships among social subjects.

Technological infrastructures can fragment and distribute the operations leading to a decision. One organization defines the objectives, another provides the data, a third develops the model, another manages the infrastructure, and a different institution uses its outputs. Each participant may control part of the process without necessarily possessing a complete understanding of its operation and consequences.

When these consequences prove harmful, responsibility may become dispersed among actors involved in different stages of the process. The apparent autonomy of the algorithm then contributes to concealing the social and institutional relationships that make its operation possible. The expression “the algorithm made the decision” encapsulates this displacement of responsibility from subjects and organizations onto technical procedures.

The algorithm thus appears as an independent decision-making authority, although its operations depend on objectives, criteria, data, resources, and institutional conditions established within social relationships. The difficulty of identifying an immediately responsible individual does not mean that decisions lack responsible parties, but rather that the conditions under which they are produced may be distributed among multiple actors.

The concept of the Cyber-Leviathan provides a metaphorical representation of this new infrastructural configuration of power without attributing to it the status of a sovereign subject. Unlike the classical Leviathan, whose sovereign authority could be identified with a relatively well-defined political entity, the Cyber-Leviathan takes shape through interdependent networks of public institutions, private platforms, computing infrastructures, and automated systems of coordination and control (Hobbes, 1651/1996; Lassalle, 2019).

The classical Leviathan represented the concentration of political authority in a sovereign figure. The Cyber-Leviathan, by contrast, expresses a form of infrastructural and distributed power in which numerous operations of social organization are mediated by technical systems whose combined functioning is difficult to observe and understand in its entirety.

It does not necessarily possess a single decision-making center or a unified political will. Its power derives from the interdependence of organizations and systems that may produce collective effects neither fully anticipated nor completely controlled by any of their participants. A paradoxical form of authority thus emerges: an apparently anonymous governance structure that nevertheless originates in social, economic, and institutional relationships.

What appears to reside exclusively “inside” algorithms is frequently determined by decisions and conditions located outside them: ownership of infrastructures, economic objectives, institutional rules, contractual relationships, and the political criteria guiding their use.

The metaphor of the Cyber-Leviathan thus describes a structure in which the proliferation of technological mediations makes it difficult to identify responsible subjects and understand the actual relationships of power. Its distributed character does not mean that all actors possess equivalent capacities. The concentration of infrastructures, informational resources, and technical expertise may coexist with the fragmentation of decision-making processes and responsibility.

This distinction is essential for avoiding technological fatalism. If algorithmic power were exercised by an autonomous intelligence situated outside society, the capacity for political intervention would appear radically limited. But if technological infrastructures are social constructions organized through economic, legal, and institutional relationships, the conditions under which they operate can become objects of regulation, conflict, and transformation.

The decisive question, therefore, is not how to bring a supposed political will of machines under control, but how to identify, assign responsibility for, and democratically control the relationships of power among social subjects that are mediated by them.

7. Democracy, Autocracy, and Digital Sovereignty

Identifying the social subjects responsible for algorithmic power necessarily leads to an examination of the political and institutional conditions under which that power is exercised. The possibilities for understanding, challenging, and controlling decisions mediated by artificial intelligence systems depend on the relationships among states, corporations, institutions, and citizens, as well as on the political regimes and international structures within which these relationships develop. AI-CRACY therefore takes different forms depending on how power is distributed and legitimized.

If one of the fundamental tensions of the twentieth century centered on the relationship between the state and the market, the twenty-first century introduces a new dimension: the relationship between democracy and algorithmic power. Whereas modernity was characterized by the expansion of rationalization and bureaucratic order, digital modernity is distinguished by the increasing automation of rationalization procedures. Just as industrial civilization expanded through the intensive transformation of physical nature, the new computational rationality transforms the conditions under which social second nature is organized. This process may restrict human autonomy and democratic capacities, but it may also provide instruments for expanding them.

The expansion of algorithmic rationality creates a specific tension with the deliberative principles of liberal democracy (Coeckelbergh, 2024). Quantification, statistical correlation, and prediction can greatly expand the knowledge available for political decision-making, but they may also encourage technically optimized outcomes to acquire a normative authority to which they are not entitled. The issue is not to oppose artificial intelligence to democratic deliberation, but to prevent computational procedures from replacing public discussion of the criteria, objectives, and consequences of collective decisions.

The tension between artificial intelligence and liberal democracy is not merely ideological but also structural. It concerns the relationships among rationality, legitimacy, and sovereignty. Democratic politics presupposes a future open to different possibilities and the legitimacy of procedures through which citizens can deliberate, disagree, and decide

collectively. When predictive systems acquire a normative authority that exceeds their instrumental function, certain alternatives may be excluded from deliberation before they have been politically considered.

The political economy of cybercapitalism adds another dimension to this problem. The convergence of intelligent machines, markets, and bureaucracies may encourage corporate concentration, technological dependence, new inequalities, and forms of state-corporate power. Just as industrial societies developed mechanisms of regulation and protection against the social consequences of industrialization, digitalized societies must confront the new power relationships generated by the concentration of infrastructures and computational capacities.

This gives rise to problems concerning transparency, accountability, public deliberation, and the effective exercise of sovereignty. The issue is not merely to know what decision has been made, but also to understand how it was produced, which criteria were involved, and who has the capacity to modify those procedures. What is new is not that states collect and process information—activities they have historically performed—but that major digital platforms have acquired transnational capacities for observation, classification, and prediction, frequently subject to mechanisms of public oversight different from those governing the exercise of state authority.

AI-CRACY, however, has one fundamental characteristic: its **institutional ambivalence**. Artificial intelligence can strengthen democratic capacities or intensify authoritarian tendencies, depending on the objectives of its use, existing power relationships, and mechanisms of oversight and accountability.

In democratic regimes, AI systems can help improve administrative transparency, the detection of irregularities, access to public information, civic education, investigative journalism, and certain procedures for citizen participation. They can also facilitate the evaluation of public policies, the identification of inconsistencies, and the analysis of the consequences of different decision-making alternatives.

Artificial intelligence can also support the functioning of institutions based on merit, professionalism, and independence, such as the civil service and the judiciary, through information-retrieval tools, document analysis, and procedural review. These applications, however, require safeguards that preserve institutional independence and prevent algorithmic criteria from improperly replacing the judgment and responsibility of those who hold institutional authority.

The expansion of e-government demonstrates the potential for transforming relationships between public administrations and citizens. Digital services can simplify procedures, improve accessibility, facilitate information processing, and expand opportunities for interaction with institutions. Nevertheless, administrative digitalization and the use of artificial intelligence are related but distinct processes: the former does not necessarily involve the incorporation of intelligent systems, nor does it in itself guarantee an improvement in democratic quality.

The same technological capabilities can be used to intensify surveillance, information manipulation, political microtargeting, and the concentration of power. Classification and prediction systems can facilitate discriminatory interventions, while the automation of communication can expand opportunities for propaganda and disinformation. In

authoritarian contexts, these capabilities can be incorporated into mechanisms of social control, selective repression, and restrictions on freedom.

Nor are democracies immune to these risks. The use of algorithmic procedures may introduce new forms of opacity, discrimination, and institutional dependence even when their stated objectives are to improve efficiency or security. The political difference, therefore, lies not exclusively in the technology employed, but in the conditions of legitimacy, transparency, contestation, and accountability under which it is applied.

AI-CRACY does not determine a single form of political organization. It can become incorporated into democratic and autocratic regimes, reinforcing or transforming their institutional capacities. Nor does it necessarily entail a reduction in political autonomy: it may expand certain capacities for knowledge, participation, and control, or encourage new forms of domination and dependence.

Beyond its implications for democratic and autocratic regimes, AI-CRACY also has a geopolitical dimension. The concentration of infrastructural power plays a role in the reorganization of relationships among states, geopolitical blocs, and technologically dependent territories. Control over computational resources, platforms, data, semiconductors, and artificial intelligence systems is becoming a strategic component of international relations.

In this context, the term “global technofeudalism” may be used to interpret certain forms of dependence and subordination associated with control over indispensable digital infrastructures. In feudal societies, relationships of dependence were organized around access to land, protection, and obligations between lords and vassals. In digital modernity, states, institutions, and companies with more limited technological capacities may depend on dominant platforms and major powers for access to computational resources, infrastructures, standards, and markets.

The analogy does not imply that digital capitalism literally reproduces feudal relationships or that it has ceased to operate through capitalist relations. Rather, it helps identify new forms of subordination based on control over infrastructural resources for which substitutes are difficult to find. Technological dependence may limit the autonomy of subordinate actors even when they formally retain their legal powers and decision-making capacities.

In certain domains, digital platforms function as gateways to markets, information, and communication. Their capacity to establish conditions of participation, modify access rules, and organize relationships among users confers upon them forms of quasi-sovereign power, although these are not equivalent to the political sovereignty of states.

At the international level, these dependencies contribute to the formation of partially differentiated technological ecosystems, organized around control over data, platforms, semiconductor supply chains, communications infrastructures, and artificial intelligence systems.

In previous centuries, imperial expansion manifested itself primarily through territorial domination and the projection of military power. Industrialization added growing importance to control over trade routes, raw materials, and productive capacities. In digital modernity, these dimensions do not disappear, but they are complemented by control over

technological infrastructures that shape economic organization, the circulation of information, and certain decision-making capacities of other actors.

Digital sovereignty, in this context, expresses the problem of the effective capacity of states and societies to establish the legal, political, and technological conditions under which the digital infrastructures on which they depend operate (Galán Machío, 2026b). It does not necessarily mean technological self-sufficiency or isolation from international networks, but rather the ability to exercise effective authority over strategic decisions, protect rights, and avoid dependencies that would render democratic control illusory (Bratton, 2016).

The decisive question is who controls the infrastructures, who establishes the objectives of the systems, and what opportunities social subjects have to understand, challenge, and modify decisions affecting their conditions of existence. **The problem of digital sovereignty consists not merely in possessing technology, but in preserving the political and social capacity to govern the conditions under which it is used.**

8. Governing AI-CRACY: The Return of Political Ends

The political challenge of digital modernity does not consist in rejecting artificial intelligence incorporated into social second nature, but in subjecting the conditions of its development and use to principles of legitimacy and accountability. Governing AI-CRACY does not mean achieving complete mastery over technology, but rather establishing mechanisms of democratic control over its infrastructures, regulating the conditions under which data are appropriated and used, preserving pluralism, and reaffirming collective deliberation over the ends of automated processes.

Politics has always coexisted with artificial constructions—states, markets, bureaucracies, and institutions—and it will also coexist with artificial intelligence. The decisive question is not whether AI will replace politics, but how its capabilities can be harnessed without weakening the principles of democratic self-government.

Democratic institutions must therefore confront fundamental questions. Can algorithmic rationality be integrated into constitutional frameworks without eroding the conditions of responsibility and accountability? Can predictive infrastructures be made sufficiently transparent and governable to preserve the legitimacy of decisions? Can artificial intelligence contribute to social and political pluralism rather than reducing it to previously optimized outcomes? And, above all, who should own, manage, and control the infrastructures that shape societies' capacities for knowledge and decision-making?

Artificial intelligence can process information at speeds and on a scale beyond the reach of traditional bureaucratic organizations and generate content with extraordinary capacities for dissemination and persuasion. However, these possibilities do not necessarily lead to an omnipotent Cyber-Leviathan, an entirely automated bureaucracy, or an algorithmic market beyond any form of social control.

To preserve democratic legitimacy, algorithmic rationality must remain subordinate to political deliberation over ends. Its objectives must be open to public debate, its criteria must be subject to examination and challenge, its conditions of ownership and control must

be subject to regulation, and its outcomes must be open to evaluation through appropriate mechanisms of oversight and auditing.

The emergence of AI-CRACY thus requires reconsidering the material conditions under which sovereignty is exercised. Neither unrestricted confidence in market self-regulation nor the technocratic concentration of decisions within the state apparatus can, by themselves, guarantee effective democratic control. Governing AI-CRACY also requires intervention in its economic architecture, ownership relationships, and mechanisms of power concentration.

The contemporary danger does not lie in machines independently acquiring a political sense of existence, but in human beings progressively relinquishing their capacity to determine it, transferring the conscious and deliberative direction of collective life to external systems of optimization.

Keeping new technologies under democratic control requires more than updating Asimov's familiar Three Laws of Robotics (1950). The contemporary problem does not primarily consist in regulating the behavior of robots conceived as isolated agents, but in governing a structure of algorithmic mediation characterized by the distribution of operations, the concentration of capabilities, opacity, and the production of artificial ignorance.

Technological innovation often advances more rapidly than the political and institutional mechanisms intended to regulate it. Competition among powers and digital ecosystems, together with the growing influence of major technology corporations, makes the establishment of collective controls more difficult. Under these conditions, algorithmic audits, transparency standards, mechanisms for accessing and controlling data, alternatives to the concentration of infrastructures, and international regulatory cooperation acquire particular importance.

As Harari (2024) argues, preventing an extreme concentration of wealth and power requires particular attention to the conditions of ownership and control of data, just as earlier societies had to establish limits and regulations governing other fundamental resources, such as land and capital.

The fundamental challenges of democratic AI governance can be organized around eight issues:

The first is delegation: determining which decisions may be entrusted to artificial systems, under what conditions, and which must remain subject to direct human and institutional responsibility.

The second is interpretation: establishing the conditions under which algorithmic outputs can be considered reliable, comprehensible, and appropriately contextualized, while avoiding the attribution of authority beyond what their foundations warrant.

The third is complexity: developing oversight mechanisms for systems whose operation cannot always be reduced to simple explanations and whose evaluation requires diverse forms of technical, institutional, and social expertise.

The fourth is interconnection: preventing errors, vulnerabilities, and inappropriate decisions from propagating through networks of closely interdependent technological systems.

The fifth is generalization: reconciling the diffusion of general-purpose technologies with the identification and control of applications that may produce harmful consequences in specific contexts.

The sixth is falsification: preserving the conditions of identification, authenticity, and trust in information environments where artificially generated content may be difficult to distinguish from content produced by human beings.

The seventh is predictive determinism: preventing classifications and predictions based on past behavior from unjustifiably restricting the future opportunities of individuals and groups, thereby turning statistical regularities into social destinies.

The eighth is control: determining who owns, manages, and oversees the informational, computational, and institutional resources on which these capabilities depend, and through which procedures accountability for their use can be enforced.

These eight issues are not merely technical problems of design and operation. They are problems of institutional organization, political legitimacy, and the distribution of power. Addressing them requires auditing mechanisms, transparency guarantees, the protection of rights, regulation of informational resources, public oversight, and international cooperation.

It also requires recognizing that artificial ignorance must become an explicit object of governance. The aim is not to demand omniscient systems or eliminate all uncertainty, but to identify the limits of their capabilities, make relevant uncertainties visible, and prevent opacity and the unequal distribution of knowledge from becoming instruments of domination (Galán Machío, 2026a).

The historical experience of democracies shows that controlling power does not mean eliminating it, but dividing it, limiting it, subjecting it to rules, and keeping open the possibilities of criticism, revision, and contestation. The same logic must be applied to new digital infrastructures.

In this sense, the constitutional principles associated with the division and limitation of power, classically formulated by Montesquieu (1748/1989), require an institutional translation appropriate to the conditions of algorithmic governance. This does not mean mechanically transferring the separation of state powers to technological systems, but establishing effective checks and balances against the concentration of informational, economic, and decision-making capacities.

Political history is not the history of the elimination of power, but of its transformations, struggles, and limitations. Just as democratic societies developed institutions to regulate the consequences of industrial capitalism, they can establish mechanisms to govern digital capitalism and artificial intelligence infrastructures politically.

Regulating informational monopolies, establishing transparency obligations, institutionalizing independent audits, defining permissible applications, and requiring accountability for automated decisions are all possibilities for political intervention. None of

them is guaranteed by technological development, but neither is any of them necessarily precluded by it.

Digital second nature is not a predetermined historical destiny. It is a social construction shaped by economic relationships, political decisions, regulatory frameworks, and cultural expectations. Its technological capabilities condition the possibilities for action available to social subjects, but they do not, in themselves, determine the ends that should guide collective life.

The fundamental difference between democratic and authoritarian uses of artificial intelligence lies not exclusively in their technical capabilities, but in the institutional conditions under which their objectives are established, their benefits distributed, and their consequences controlled.

AI-CRACY expresses a new phase in the rationalization of social second nature, in which algorithmic capabilities simultaneously reorganize the production of knowledge, the distribution of ignorance, and the conditions under which power is exercised. Its emergence does not entail the appearance of a sovereign artificial subject, nor does it determine a specific political regime, but it transforms the relationships between social subjects and the infrastructures that shape their decisions. The fundamental question of digital modernity, therefore, is how to preserve political autonomy and collective responsibility in the face of systems whose growing operational intelligence may coexist with new forms of dependence and social ignorance.

The emergence of AI-CRACY ultimately raises a problem that transcends the regulation of any particular technology. The question is whether societies will retain the capacity to govern a second nature that incorporates increasingly complex forms of artificial intelligence, or whether the conditions of their collective existence will become progressively subordinated to infrastructures whose operation and direction escape their control.

Governing AI-CRACY ultimately means preserving the capacity of social subjects to know, deliberate, and decide upon the artificial structures they themselves have constructed.

REFERENCES

Asimov, I. (1950). *I, robot*. Gnome Press.

Bratton, B. H. (2016). *The stack: On software and sovereignty*. MIT Press.

Burrell, J. (2016). How the machine ‘thinks’: Understanding opacity in machine learning algorithms. *Big Data & Society*, 3(1), 1–12. <https://doi.org/10.1177/2053951715622512>

Coeckelbergh, M. (2024). *Why AI undermines democracy and what to do about it*. Polity Press.

Crawford, K. (2021). *Atlas of AI: Power, politics, and the planetary costs of artificial intelligence*. Yale University Press.

Danzig, R. (2022). *Machines, bureaucracies, and markets as artificial intelligences*. Center for Security and Emerging Technology. <https://cset.georgetown.edu/publication/machines-bureaucracies-and-markets-as-artificial-intelligences/>

Han, B.-C. (2022). *Infocracy: Digitization and the crisis of democracy* (D. Steuer, Trad.). Polity Press.

Harari, Y. N. (2024). *Nexus: A brief history of information networks from the Stone Age to AI*. Random House.

Hobbes, T. (1996). *Leviathan* (R. Tuck, Ed.). Cambridge University Press. (Obra original publicada en 1651).

Lassalle, J. M. (2019). *Ciberleviatán: El colapso de la democracia liberal frente a la revolución digital*. Arpa.

Marx, K. (1976). *Capital: A critique of political economy: Vol. 1* (B. Fowkes, Trad.). Penguin Books. (Obra original publicada en 1867).

Montesquieu. (1989). *The spirit of the laws* (A. M. Cohler, B. C. Miller y H. S. Stone, Trans. y Eds.). Cambridge University Press. (Obra original publicada en 1748).

Nowotny, H. (2021). *In AI we trust: Power, illusion and control of predictive algorithms*. Polity Press.

Proctor, R. N., & Schiebinger, L. (Eds.). (2008). *Agnotology: The making and unmaking of ignorance*. Stanford University Press.

Smithson, M. (1989). *Ignorance and uncertainty: Emerging paradigms*. Springer.

Srnicek, N. (2017). *Platform capitalism*. Polity Press.

Weber, M. (1978). *Economy and society: An outline of interpretive sociology* (G. Roth y C. Wittich, Eds.). University of California Press.

Zuboff, S. (2019). *The age of surveillance capitalism: The fight for a human future at the new frontier of power*. PublicAffairs.

Works by the Author

Galán Machío, A. (2019). La modernidad ignorante: Sociología de la ignorancia, ignorancia de la sociología. Universidad Complutense de Madrid. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/62515/>

Galán Machío, A. (2025). Ignorancia artificial: Para entender el poder de la IA, primero debemos confrontar su ignorancia. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026a). Artificial ignorance: An agnotological framework for AI bias, opacity, explainability, and governance. Zenodo. <https://doi.org/10.5281/zenodo.22532576>

Galán Machío, A. (2026b). IA-CRACIA: Inteligencia artificial, Soberanía y democracia. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026c). La modernidad ignorante: El Homo ignorans y la construcción del mundo moderno. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026d). Sociología de la ignorancia, ignorancia de la sociología. Agnotología. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026e). Sujetología: Sociología de los sujetos sociales. Publicación independiente.

Galán Machío, A. (2026f). Subject, ignorance, and power in the age of artificial intelligence: Toward an integrated theory of AI-CRACY [Preprint]. ResearchGate. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.22098.11201>